EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA VIDA PARISIENSE,

ZARZUELA BUFA EN CUATRO ACTOS.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1869.

9

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó e
ahijado de todo el m
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hu
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinc
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos esp
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern
Las flores de Don Juan
Las aparencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perd
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La niña Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.

LA VIDA PARISIENSE.

LA VIDA PARISIENSE,

ZARZUELA BUFA EN CUATRO ACTOS,

EL ÚLTIMO DIVIDIDO EN DOS CUADROS,

MÚSICA DEL CÉLEBRE MAESTRO OFFEMBACH,

ARREGLADA POR

DON LUIS RIVERA.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de la Zarzuela, el 26 de Julio de 1869.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.		ACTORES.
LA BARONESA DE KAMELOFKOFF.	Sras.	Velasco.
MARGARITA.....................		Franco.
LA VIUDA DE QUÍMPER.........		Baeza.
PAULINA........................		Fernandez.
ROSICLER.......................		Moriones.
JULIA...........................		Reinel.
LEONTINA......................		Soldado.
LUISA...........................		Letre.
CLARA..........................		Martinez.
EL BARON KAMELOFKOFF.......	Sres.	Rodriguez.
EL BRASILEÑO................ } FAUSTO.................... } PRÓSPERO.................. }		Dalmau. [1]
RAFAEL.........................		Miró.
VIZCONDE RAUL...............		Loitia.
FRANCISCO.....................		Rochel.
JOSÉ............................		Perié.
FABIAN.........................		Marimon.
ALFONSO, criado de Raul.........		Edo.
UN EMPLEADO DEL FERRO-CARRIL.......................		Candelas.

Viajeros, máscaras, convidados, vendedores, factores, guias, cancanistas, mozos de café, etc.—Coro y acompañamiento.

La escena es en París, y la época contemporánea.

1 Los tres papeles están escritos para el tenor.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso en la estacion del camino de hierro. Puerta á la izquierda del actor que conduce al anden; puerta á la derecha, que es la entrada á Paris. En la pared del fondo habrá carteles de ferro-carriles, anuncios, litografías de hoteles, fondas, etc. Á la derecha, en primer término, un cartel que dirá *Mabille, touts les soirs, fête mercedi et samedi.*

ESCENA PRIMERA.

EMPLEADOS, FACTORES, MOZOS, VENDEDORES de fósforos, periódicos, flores, etc.

MUSICA.

CORO GENERAL. Aquí la obligacion
nos ordena esperar,
el tren á la estacion
ya no debe tardar.
Venimos á cumplir
nuestro deber aquí;
venimos á esperar,
venimos á buscar,
venimos á coger
gente para el hôtel.
Ea, compañeros,

va á llegar pronto el tren!
El dinero buscamos
del viajero al llegar,
en París hay para esto
una gracia especial.
Perdiendo la paciencia,
y sin descansar,
servimos dia y noche
á la humanidad.
Periódicos, billetes,
fósforos tambien;
de todo lo que ocurre
somos almacen.

(Al terminar el Coro, se oye la campana del ferro-carril: todos se dispersan, quedando sólo en escena un empleado. Raul y Rafael entran en medio de la confusion de los que salen.)

ESCENA II.

RAUL, RAFAEL, el EMPLEADO.

Raul y Rafael pasean, y al encontrarse, vuelven la cara cada cual á distinto lado, haciendo un gesto de desagrado.

HABLADO.

RAFAEL. ¡Uf!

RAUL. ¡Off!

RAFAEL. (Mucho me choca!)

RAUL. (Me choca mucho!...) (Los dos se aproximan al Empleado.)

RAFAEL. ¿Á qué hora llega el tren de Rambouillet?

EMP. Dentro de cinco minutos.

RAFAEL. (Ap.) Con tal que venga Rosicler...

EMP. (Á Raul.) Se os ofrece algo á vos?

RAUL. Iba á preguntar lo mismo que el señor. (Ap.) (Rosicler estará aquí dentro de cinco minutos.) (Se va el Empleado.)

ESCENA III.

RAUL, RAFAEL.

Cada cual á un extremo del escenario dirigiéndose al público.

RAFAEL. (Ap.) Este es Raul Lanzachispas. No le saludo porque en cierta ocasion me jugó una tostada.

RAUL. (Ap.) Es Rafael Pescadillas. No me saluda por cierta aventura que...

RAFAEL. (Al público.) Van ustedes á juzgar. Yo hacia el amor á la famosa Blanca, una jóven que escribió sus memorias... ¡Vaya unas memorias, vaya unas memorias las de Blanca!

RAUL. Pues, señor; Blanca, la de las memorias, me amaba á su manera...

RAFAEL. Un dia, Blanca y yo estábamos en casa, cuando me dijo de pronto: «pimpollo mio, por qué no invitas á comer á tu amigo Raul?»

RAUL. Un dia me escribió Blanca diciéndome que fuera á verla á la una, que estaria sola, y que encargase á mi criado que hiciese esperar si alguno venia á buscarme.

RAFAEL. La respondí: corriente, convidaremos á Raul. Ella añadió: «Á la una está en casa. No vengas sin él. Parte.» Partí.

RAUL. Llegué á casa de Blanca. No estaba Rafael. «¿Cómo habeis hecho para alejarle?» pregunté.

RAFAEL. Llegué á casa de Raul. Su criado me dijo: «Esperad, que él no puede tardar mucho.» Era la una. Esperé dos horas, tres horas...

RAUL. Blanca me dijo: «Para alejarlo, le he hecho que vaya á buscaros y que no vuelva sin vos.»

RAFAEL. En fin, á las cinco me decido á volver, llego á casa de Blanca y encontré allí á Raul.

RAUL. Á eso de las cinco volvió Rafael, y le dije: «¡Calle! Mien-

tras tú esperabas en mi casa, yo esperaba en la tuya. ¡Tiene gracia!»

RAFAEL. Yo no le encontré la gracia. (Se vuelven uno al otro y se dicen á un tiempo.)

LOS DOS. Y hé aquí por qué no nos saludamos ya. (Se oye la campana del ferro-carril.)

EMPL. El tren de Rambouillet. (Entran viajeros.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, ROSICLER, FABIAN, viajeros.

MUSICA.

CORO GENERAL. Aprisa ya,
que va á llover,
la tempestad nos amenaza.
Quien quede atrás
no va á poder
hallar ningun coche de plaza.
(Sale Rosicler del brazo de Fabian.)

RAUL. ¡Rosicler!

RAFAEL. ¡Rosicler!

ROSIC. (Ap.) ¡Cáspita! Me han visto ya!

FABIAN. (Á Rosicler.)
Mas qué teneis? Por qué os turbais?
Señora, vuestro brazo lo siento yo temblar.

RAUL.
RAFAEL. } Yo creo que al mirarnos
se sorprende quizá.

FABIAN. Estos señores os conocen á vos?

ROSIC. (Friamente.) ¿Estos señores? No sé quiénes son!
(Se lleva del brazo á Fabian.)

CORO. Aprisa ya, etc.

ESCENA V.

RAUL y RAFAEL.

HABLADO.

Se quedan un momento contemplándose y acaban por abrazarse.

RAFAEL. Raul!
RAUL. Rafael!
RAFAEL. La traicion de Blanca nos separó.
RAUL. Y la traicion de Rosicler nos reune.
RAFAEL. Pues bien. (Dándole la mano.) Cómo estás?
RAUL. Bien, ¿y tú?
RAFAEL. No hay de qué.
RAUL. Lo celebro.
RAFAEL. Blanca me engañaba, tú me engañabas, Rosicler me engaña.
RAUL. Nos engaña á los dos.
RAFAEL. Me alegro. Cómo estás?
RAUL. Bien, ¿y tú?
RAFAEL. Pues, como decia, Rosicler es una... y ya sabes que cuando una mujer es una...
RAUL. Es que vale por dos.
RAFAEL. Hace dias que yo recelaba... Ciertas señales... ¿No es verdad que hay un termómetro para señalar las variaciones del tiempo?
RAUL. Sí, en casa de ciertas mujeres lo hay siempre para señalar los cambios del amor.
RAFAEL. Yo habia mirado al termómetro. ¡Cinco grados habia descendido! Y en verdad que no me extraña. Una mujer como Rosicler no puede encontrar atractivo en mi conversacion. Al fin ella no es más que una cómica.
RAUL. ¡Una actriz!
RAFAEL. Que canta, baila y representa por cinco francos al dia.
RAUL. ¡Pero que gasta diariamente cien francos! Digo, será buena actriz?

RAFAEL. Pues como decia: mi conversacion no está al alcance de su inteligencia. Los que pertenecemos á la nobleza de Francia y nos hemos educado en cierta altura, dejamos siempre entrever la educacion más... Precisamente hace dias que me da por hablar el lenguaje de la ciencia.

RAUL. ¿Eh?

RAFAEL. Me dedico á los problemas sociales, y Rosicler se aburre conmigo. No me pesa, así quedo libre, volveré al gran mundo, á la buena sociedad de París...

RAUL. Hombre, no es mala idea.

RAFAEL. Y es más barato... pero mucho más barato. Y luégo haremos un favor...

RAUL. ¿Á quién?

RAFAEL. Á las señoras de la aristocracia, que lamentan nuestro extravío, esta manía que nos da ahora por ciertas mujeres de teatro...

RAUL. ¿Crees tú?

RAFAEL. No me engaño, no. Mira, ya es tiempo de que iniciemos en la juventud brillante ese gran movimiento hácia las mujeres de alto tono.

MUSICA.—CANCION.

No sabes tú lo que en mi vida
motiva cambio tan atroz,
mi bolsa está más escurrida,
aún mucho más que el corazon.
El mundo siempre es complaciente
en tanto hay plata que gastar,
mas si se acaba de repente,
á la virtud hay que apelar.
¡Nuestra pasion calme su afan
y haremos muy feliz á la alta sociedad!

HABLADO.

RAFAEL. Como lo digo, lo hago. Recuerdo que en otro tiempo empecé á hacer la córte á la condesa del Castillo Rojo. Ahora mismo voy á verla. Adios, démonos cita para el aristocrático barrio de San German. (Váse.)

ESCENA VI.

RAUL, sólo.

Amar á una mujer de la aristocracia, no es difícil; lo difícil será que una mujer de la aristocracia ame á uno! *¿Ecco il problema*! Á quién me dirigiría yo? (Entra José.) Yo he conocido á una tal señora de Coliflor, la cual enseñaba en todas partes á su marido el señor de Coliflor... ¿pero era realmente una mujer distinguida la señora de Coliflor?

ESCENA VII.

RAUL, JOSÉ.

JOSE. No señor, no lo era.

RAUL. José!

JOSE. Yo mismo, yo que he sido mucho tiempo criado vuestro, y por eso sé que la señora de Coliflor, tapa algo.

RAUL. ¿Qué vienes á hacer á la estacion del camino de hierro?

JOSE. Ya no soy criado, sino guia.

RAUL. ¿Sin uniforme?

JOSE. No se trata de ningun regimiento, sino de guia... cicerone... guia de viajeros... en el Gran Hotel. Yo soy el encargado de pasear á los extranjeros por París, relatándoles todas las curiosidades, monumentos, academias, cuarteles, museos, bibliotecas, jardines, teatros, fondas, bailes... y otras interioridades.

RAUL. Y esperas ahora algun viajero?

JOSE. Sí señor. Un Baron ruso que debe llegar en el primer tren acompañado de su esposa.

RAUL. ¡Una Baronesa rusa!

JOSE. Por lo visto.

RAUL. Una Baronesa rusa, debe ser una aristócrata.

JOSE. Probablemente.

RAUL. El cielo me la envia, Oye, José. Ese Baron y esa Baronesa, no te conocen.

JOSE. No tienen ese honor. El director del Gran Hotel acaba de recibir un telégrama pidiendo un guia en la estacion, y me envia á mí.

RAUL. Nada se opondria á que me cedieses tu puesto.

JOSE. Nada, si yo quisiere.

RAUL. Y tú querrás si yo te doy una gran propina.

JOSE. Está dicho. Os cedo el Baron y la Baronesa, indemizándome.

RAUL. El Baron... Cédeme sólo la Baronesa.

JOSE. Y qué hago yo del Baron sin la Baronesa? Es un lote; ó todo, ó nada.

RAUL. Corriente, me quedo con los dos. ¿Mas cómo conocerlos?

JOSE. Eso corre de mi cuenta. Yo iré por ellos al anden, y os los traigo aquí.

RAUL. Convenido.

JOSE. Empezad vuestra comision, dándole esta carta que han traido al hotel para la Baronesa.

RAUL. (Tomando la carta.) Se la daré. Pero no perdamos tiempo. Ve á buscarlos.

JOSE. ¡Corriendo!

ESCENA VIII.

RAUL, sólo.

Pues señor, bien, voy á hacer de guia, con una condicion. Si la Baronesa es jóven y bonita, en vez de llevarla al Gran Hotel, me la llevaré á mi casa, con su marido por supuesto; pero si es fea, se la devuelvo á José.

ESCENA IX.

RAUL, JOSÉ, el BARON, la BARONESA con sombrero de viaje y velo.

JOSE. Aquí vienen ya.

RAUL. No te vayas todavía. Es necesario que yo sepa si esos rusos me convienen. (Entran los dos.) El marido tiene buen aire, pero á ella no la veo bien la cara.

JOSE. Este es vuestro guia, señor Baron. Raul, estos son los viajeros. (La Baronesa levanta el velo.)

RAUL. (Ap.) ¡Es muy bella! (Á José.) Está bien, José, puedes marcharte. (Se va José.)

ESCENA X.

RAUL, la BARONESA, el BARON.

BARON. Kanchaf of París menchisf nuf, naf, noooffff...

RAUL. (Demonio! Parece que habla un perro de presa.)

BAR. (Aproximándose á Raul.) Kanchaf of París menchif nuf, naf, noooffff....

RAUL. (No lo entiendo, pero ya en esta es mas dulce.)

BARON. (Á la Baronesa.) Este guia no habla ruso.

BAR. Le hablaremos otro idioma. Decid, amigo mio...

RAUL. (Ahora entiendo el ruso.)

BAR. ¿Al ménos, conoceis bien á París?

RAUL. ¿Si conozco á París? En cuanto á eso, señora Baronesa, podeis estar tranquila.

MUSICA.

RAUL.

Por mi fe de cicerone
no temais que os abandone.
En París guia mejor
nadie vió;

conozco yo á París
mejor que á mí.
Seré yo
guia fiel,
vereis cuanto hay que ver;
que en esta capital
hay mucho que aprender.
Por verlo todo dareis,
señor, lo que gusteis.

BARON. Justo es pagar,
no hay más que hablar.

RAUL. Pues olvidemos eso ya;
no hay que reñir por el dinero,
señor Baron.

BARON. Así lo espero.

BAR. Justo es pagar,
no hay más que hablar.

RAUL. Ya nada tengo que añadir;
decid, pues, sin tardar
á dónde quereis ir.

BARON. Yo anhelo ver las bambalinas,
no donde el drama causa horror;
me gustan más las bailarinas
que suelen ser de buen humor.

RAUL. Ea, pues, en marcha ya,
con vos iré, señor Baron.

BARON. ¡Oh, qué placer tan singular!

RAUL. Yo os llevaré, señor Baron.

BAR. Pues yo prefiero los cantantes
que están haciendo aquí furor,
y oir las notas palpitantes
de Tamberlik el gran cantor.

RAUL. Cuanto pedis alcanzareis,
iremos, pues, donde gusteis.

BAR. ¡Oh, qué placer presiento ya!

RAUL. Iremos, pues, cuando gusteis.

CONJUNTO.

RAUL.	BARON y BARONESA.
Yo seré vuestro guia	Vos sereis nuestro guia
en la gran capital,	en la gran capital,
y placer y alegría	y placer y alegría
jamás faltará.	jamás faltará.

BARON. (Ap. á Raul.)
Yo tengo que deciros
que á cierta dama anhelo ver,
y sobre esto es necesario
que no se entere mi mujer.

RAUL. Ah, sin duda una aventura?

BARON. ¡Una dama, una hermosura!

BAR. (Ap. á Raul.)
Yo he de hacer una visita,
pero sóla, sí señor,
y sobre esto es necesario
que no se entere el Baron.

RAUL. La Baronesa me hace temblar!

BAR. Una sorpresa singular.

RAUL. (Á los dos alternativamente.)
No temais nada,
seré discreto,
todo secreto
yo guardaré,
y en todo os serviré.

CONJUNTO.

Yo seré vuestro guia, etc.

HABLADO.

RAUL. Marchemos!

BARON. Pero y nuestros equipajes? aquí teneis el talon, id á sacarlos...

RAUL. Los equipajes... Bien podiamos dejarlos...

BARON. ¿Cómo dejarlos?

RAUL. Los necesitais indispensablemente?

BARON. Ya lo creo! (¡Qué cosas tiene este guia!) Pues no los hemos de necesitar? ¡Sólo la Baronesa trae siete mundos, cuarenta y nueve cajas y un oso blanco!

RAUL. En ese caso... voy á buscarlos... Esperad aquí... Sobre todo no os vayais sin mí. Os lo suplico.

BARON. ¿Cómo nos hemos de ir sin vos, si sois nuestro guia? (¡Cuando yo digo que este guia tiene cosas!)

RAUL. Es verdad, sí, yo soy vuestro guia; y en prueba de ello, aquí teneis, señora, esta carta que para vos han dirigido al Gran Hotel. Voy á buscar el equipaje.

ESCENA XI.

EL BARON, la BARONESA.

BARON. Una carta para mí!

BAR. De quién será?

BARON. (La abre y recorre rápidamente.) Ah, es de Julia, la sobrina de la Condesa viuda de Químper. La conocí en San Petersburgo, cuando fué allá con su marido para asuntos de una herencia.

BAR. Y qué te dice?

BARON. Yo le habia escrito anunciándola nuestra llegada, y me contesta que no puede estar hoy en París para recibirnos, pero que vendrá á vernos pasado mañana. Tambien nos invita á comer en casa de su tia, la Condesa Químper.

BAR. No veo inconveniente en que vayamos á comer á casa de esa señora Químper.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, RAUL, el BRASILEÑO, VIAJEROS de todas partes del mundo vestidos caprichosamente.

RAUL. Aquí viene vuestro equipaje. ¿Quereis reconocerlo?
BARON. Sí, vamos á reconocerlo. (Se van.)

MÚSICA.

CORO DE VIAJEROS. (Entrando en escena con mucha algazara.)
¡Á París llegamos anhelantes,
en París buscamos diversion,
á París traemos plata y oro,
en París respira todo amor!
(El Brasileño entra seguido de dos negritos cargados de sacos de noche, maletas, parasoles, etc.)

BRASIL. Soy brasileño, gran señor,
tercera vez llegó á París,
con mucha plata, mucho amor,
tras el placer que reina aquí!
Brillantes traigo que enseñar,
y todos son de gran valor,
mirad mi mano y al brillar
deslumbrará su resplandor.
Yo vengo aquí tras el placer;
maletas llenas de oro yo
daré en París á la mujer
que me acaricie con su amor.
Seis meses ya pasé en París,
y al ver perdido mi caudal,
crucé los mares y al Brasil
oro y brillantes fuí á buscar.
De todo hallé como pensé,
americano gastador,

por esta vez tambien triunfé,
y aquí teneis al gran señor.
Yo soy aquel que desde el Sur
lanzó á París la tempestad,
no vengo aquí tras la virtud,
que busco amor más natural.
Si amores busco en este eden,
no busco damas de alto tono,
en otra esfera pago abono
más humilde... ¿Me explico bien?
Adoro aquel gentil mirar
que llama á todos la atencion
en el teatro á donde van
las hijas tiernas del amor.
Á quien un príncipe buscó,
á quien un rey da en perseguir,
por quien un rico se arruinó,
mujer, en fin, de mucho chic.
Y mientras ella hace soñar
al hombre pobre que la adora,
yo llego y digo: «Gran señora,
tomad mi oro y á gastar.»
Por eso vengo del Brasil,
comamos, pues, esta fortuna,
sin que nos venga pena alguna
tan gran placer á interrumpir.
Soy brasileño, etc.

(Salen Raul, el Baron y la Baronesa El Empleado abre la puerta de la derecha, y se presentan tres Empleados de la aduana.)

EL BRASILEÑO, el BARON, la BARONESA, RAUL y CORO.

París, París!
Entremos ya pues nos esperan
amor y dicha sin igual:
para el rico que á gozar viene
es una hermosa capital.

TRES EMPLEADOS DE LA ADUANA.

¿Viene algo aquí que ha de pagar?

TODOS. No, no.

CORO GENERAL. (Adelantándose al proscenio.)

Ciego afan
de gozar
cuanto aquí da al mundo guerra;
ciego afan
de gozar
nos juntó por mar y tierra.
El francés,
español,
escocés,
romañol,
el yanki
y el nabab,
todos aquí vendrán.
Ciego afan
de gozar, etc.
Ya llegamos alegres
invadiendo á París,
la ciudad soberana
de atractivos sin fin.
Hoy en pos de una hermosa
y agradable ilusion,
con sonrisa en los labios
te pedimos amor.
¡Amor, amor!
¡Buscamos todos amor
en tu jardin seductor!
Del festin venga
la mejor copa,
y á beber todos,
y á vivir, tropa.
¡Á gozar entremos ya!
¡Placer y amor llamando están!

(Con el último motivo se van todos marcando fuertemente el paso del cancán.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Raul.—Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, despues FAUSTO y MARGARITA.

ALF. Ya debe de haber llegado el tren de Rambouillet, y el señorito no viene. (Suena la campanilla.) Será él! (Abre la puerta del fondo.) No, es Fausto, el zapatero aleman.

FAUSTO. (Trae en la mano un par de botas.) Sí, yo soy.

ALF. El señorito Raul no está en casa; pero ya no debe tardar.

FAUSTO. Voy á pedirte un favor.

ALF. Cuál?

FAUSTO. Que te vayas.

ALF. Cómo?

FAUSTO. Déjame solo... Hazme ese obsequio. Yo te haré un par de botas un dia ú otro.

ALF. Pero...

FAUSTO. Animal, si es que he visto por la escalera á mi paisana Margarita, la guantera que surte á tu amo: Margarita es tambien alemana, y si no lo es, pasa por ello; tambien yo paso por aleman. La industria necesita del ar-

te. En París es conveniente ser de cualquier país y escoger un nombre. Yo soy zapatero, ella es guantera. Fausto y Margarita, poema de Gœth, ópera de Gunnod, artistas franceses. ¿Lo entiendes ahora? Déjame solo con Margarita. Yo creo que tengo que decirla algo.

ALF. En ese caso, me retiro.

FAUSTO. Sí, y yo te haré gratis unos zapatos de charol para cuando me convides á comer. (Váse Alfonso.) Oh, Margarita! Ya viene! Vamos, que me llena á mí esta chica!

MÚSICA.

FAUSTO. Entrad, entrad, niña bella y gentil;
segun el lujo que aquí notas,
un jóven rico vive aquí.
Tú le surtes de guantes, yo le surto de botas.
MARG. Yo le surto de guantes.
FAUSTO. Yo le surto de botas.
MARG. Yo soy la guantera.
FAUSTO. Yo soy zapatero.
MARG. Tal es mi carrera.
FAUSTO. Mi oficio tal es.
MARG. Mi clase es primera.
FAUSTO. La mia tambien.
MARG. Yo calzo las manos.
FAUSTO. Yo calzo los pies.

—

Por la bota
nos denota
un elegante su chic.
MARG. Por el guante
un elegante
podrá muy bien seducir;
sin el guante no hay porvenir.

FAUSTO. Es la bota lo elegante.
MARG. Lo elegante es siempre el guante.

RONDÓ.

MARG. Muchas veces el galan
con tierno afan
de su adorada el guante fué á robar;
como prenda de su amor
él lo guardó,
y con sus besos más valor le dió.
El perfume que halló en él
de su querer
y de sus sueños fuera emblema fiel;
si desden luego lloró,
lo conservó
como recuerdo celestial de amor.
Y los años al huir
dejaban sólo dulces glorias,
que venian á morir
en esperanzas y memorias.
Y por eso en noble afan
estos recuerdos, bien lo notas,
gran ventaja llevarán
á los zapatos y á las botas.
Cuando sea viejo ya
recordará
de su primera deliciosa edad,
en el guante seductor
prenda de amor
de sus amadas, y despues dirá:
«Esta fué la linda Julia,
la morena celestial,
le dí el alma en un suspiro
al bailar con ella un vals;
la otra fué la rubia Adela
de mirar encantador;
la condesa y la marquesa

aquí están juntas las dos.»
¡Oh ventura singular
que un guante viene á recordar!
¡Los amores del ayer
memorias son
del corazon!
Ah!
Muchas veces el galan, etc.

HABLADO.

FAUSTO. (Quiere abrazarla, ella huye.) Repara que somos compatriotas. Fausto, zapatero aleman; Margarita, guantera alemana. Y lo más particular es que á ninguno se nos conoce el acento de nuestra patria.

MARG. Cierto.

FAUSTO. Ademas, yo no soy un zapatero ordinario. ¡Te casarias con una notabilidad!

MARG. No lo dudo.

FAUSTO. No trabajo sólo para los hombres, tambien hago de lo fino: calzo á las bellas.

MARG. De veras?

FAUSTO. Sí señora! Con su tacon de media vara, como la contera de un baston de médico. Voy á hacerte unas botinas de primera clase.

MARG. Qué idea!

FAUSTO. Trae el pie, que voy á tomarte medida.

MARG. No quiero.

FAUSTO. Pues yo quiero... Yo voy á tomarte la medida. (Entra Alfonso.)

ESCENA II.

LOS MISMOS y ALFONSO.

ALF. Aquí llega el amo. Ahora no podeis verlo. Esperad en esa otra sala.

FAUSTO. Voy á tomarte medida.

MARG. No seais pesado. (Entra por la izquierda del actor, segundo término.)

FAUSTO. Esperad ahí.

ESCENA III.

RAUL y ALFONSO.

RAUL. Alfonso!

ALF. Señor!

RAUL. Corre y ayuda á subir los equipajes que están descargando á la puerta.

ALF. ¿Qué equipajes?

RAUL. Haz lo que te mando y calla!

ESCENA IV.

RAUL, solo.

Ellos creen que están en el Gran Hotel y están en mi casa. Qué resultará de esto? La rusa me agrada... una señora del Norte, que habrá paseado en trineo por encima de la nieve... Encuentro novedad en esta aventura! Lo primero es averiguar á qué altura de amor se encuentra este matrimonio. Aquí se acercan, disimulemos. (Entran el Baron, la Baronesa, Alfonso y una Criada. Mozos con equipajes.)

ESCENA V.

RAUL, el BARON, la BARONESA, ALFONSO y una CRIADA.

BARON. Está esto confortable para ser un hotel.

RAUL. Alfonso, tomad las maletas del señor Baron y llevadlas allí... Esa será vuestra habitacion, señor Baron. (Señala á la puerta de la derecha.)

BARON. Bien.

RAUL. (Á la Criada.) Y vos haced que lleven eso al cuarto de la señora Baronesa. Esa será vuestra habitacion, señora. (Señala á la izquierda primera puerta.) Aquí el Baron y en frente la Baronesa.

BARON. Perfectamente. (Me gusta el sistema.)

BAR. Está bien! (Este guia es muy discreto.) (Entra en su cuarto.)

RAUL. (Vamos, parece que el matrimonio no lleva á mal la separacion.)

ESCENA VI.

RAUL y el BARON.

RAUL. (Notando que el Baron no entra en su cuarto.) Esperais alguna cosa... ó quereis decirme algo?

BARON. Sí, tengo que hablar con vos. Ciertas particularidades que noto... Un viajero debe tener confianza en su guia.

RAUL. Siempre. (¿Á dónde irá á parar?)

BARON. Pues bien, segun me habeis dicho, estamos en el Gran Hotel, y á la verdad que el hotel no me parece grande.

RAUL. Os diré. Gran Hotel no quiere decir hotel grande, porque esto de grande es una idea relativa, y aunque fuese tan grande como un pueblo, no faltaria alguno que lo encontrase pequeño, comparándolo con una ciudad como Lóndres. Lo grande se refiere á lo bueno; de modo que decir Gran Hotel, es lo mismo que decir: «¡Buen hotel, vaya un hotel, oh, qué hotèl, valiente hotel!»

BARON. Ya lo comprendo, sí; ahora veo que en París una cosa grande puede ser pequeña.

RAUL. Por otra parte, estamos en una sucursal del Gran Hotel, es decir, en un hotel de los varios que se toman cuando se llena el Gran Hotel.

BARON. Bueno, hasta ahora no me disgusta, porque esto está bien arreglado. Oid. Puedo confiarme á vos?

RAUL. (Diablo!) Á un guia...

BARON. ¡Jé, jé! Quiero hacer una calaverada. Quiero hacer una visita...

RAUL. ¿Á quién?

BARON. Á una mujer... de teatro... Una actriz de esas que en París hacen raya... ¡Jé, jé!

RAUL. La veremos.

BARON. Un amigo mio, el baron Michifuf, una de las primeras familias de la nobleza rusa...

RAUL. ¡Michifuf! (Queriendo recordar.)

BARON. Conoció en París á una actriz muy interesante, muy interesante... llamada Rosicler. ¡Jé, jé!

RAUL. Ah! ya caigo!

BARON. ¿Qué decis?

RAUL. Nada, seguid.

BARON. Pues mi amigo el baron Michifuf me ha dado una carta de recomendacion para esa actriz, que es muy interesante. ¡Jé, jé! ¿Sabeis dónde vive?

RAUL. Ya lo creo! Pues no lo he de saber!

BARON. Podiais muy bien no saberlo.

RAUL. Es verdad, señor Baron; pero ya veis... un guia tiene obligacion de conocer á todo el mundo.

BARON. Mejor. En ese caso hareis que la lleven esta carta, la de mi amigo...

RAUL. ¿Corre prisa?

BARON. Creo que sí. ¡Jé, jé!

MUSICA.

CANCION.

I.

Á esta ciudad encantadora
de placer, locuras y amor,
con grande afan yo llego ahora
en pos de un sueño embriagador.
Aquí estaré sólo tres meses,
corto tiempo para gozar,
pues ver deseo cuanto encierra,
y á ser posible un poco más.
¡Broma me pide el cuerpo ya!
Lleva la carta á Rosicler...
¡Broma me pide el cuerpo ya!

II.

Como es papá tan noble y serio

me trató como á un colegial,
sin comprender todo el misterio
de los impulsos de mi edad.
Caséme jóven inocente,
y el decirlo no me está bien,
pues es lo cierto que en el mundo
hay algo más que mi mujer.
¡Broma me pide el cuerpo ya!
Lleva la carta á Rosicler...
¡Broma me pide el cuerpo ya!

HABLADO.

RAUL. (¡Sopla con el Baron!) Os prometo enviar la carta á su destino.

BARON. ¡Bravo! Y á qué hora se come en este hotel?

RAUL. Á la que gusteis.

BARON. Pues qué, no hay mesa redonda?

RAUL. Quereis acaso comer en mesa redonda?

BARON. Sin duda. Viajo para divertirme y no para comer sólo con mi esposa. ¡Vaya una diversion!

RAUL. (Me gusta eso, hombre, me gusta!)

BARON. Quiero estudiar, observar otras costumbres... distraerme... En fin, si no hay mesa redonda, me iré á otro hotel.

RAUL. No, no, no os vayais, tendreis mesa redonda... sí señor, habrá mesa redonda, cueste lo que cueste.

BARON. Qué quereis decir con cueste lo que cueste?

RAUL. Me refiero al precio... Ya veis, segun el trato, así paga cada huésped...

BARON. Y á propósito. Cuánto pagaré yo?

RAUL. Cuántas personas sois?

BARON. La Baronesa y yo, su doncella y mi criado?

RAUL. Cuatro. Pues bien, pagareis... (¿pero voy yo á llevarles dinero? Esto seria indigno.)

BARON. Cuánto pagaremos?

RAUL. (Ya que es preciso, le llevaré lo ménos posible.)

BARON. (Yo calculo que me costará ciento veinte francos al dia.) Decid pues.

RAUL. Pagareis... diez francos.

BARON. Diez francos!

RAUL. Si os parece caro, cinco.

BARON. Por cada uno?

RAUL. No, por todos.

BARON. Por el Czar de todas las Rusias, que me parece barato. ¿Cómo os podeis gobernar para eso?

RAUL. Os diré. Yo no soy mas que un empleado... y tengo sueldo fijo: estos hoteles pertenecen á una gran compañía, y ella es la sóla responsable. Yo no procuro mas que agradar á los huéspedes, porque como tengo sueldo fijo...

BARON. (Y dicen que la vida es cara en París.)

RAUL. Así es que si todavía os parece caro...

BARON. No tal, pagaré lo que me habeis pedido. (Si esto es una ganga!) Á qué hora es la comida?

RAUL. La comida?

BARON. Pues, la mesa redonda.

RAUL. Á las siete, y si os agrada mejor, á las ocho, ó las nueve... ¿Á qué hora la quereis?

BARON. (Qué cosas tiene este guia!) Á la hora que sea aquí de costumbre. Á las siete pues. Tengo apetito. Cuidad que la comida sea buena, porque...

¡Broma me pide el cuerpo ya! etc.

(Se va á su cuarto tarareando.)

ESCENA VII.

RAUL, solo.

Mi comedor es bastante capaz para una y hasta para tres mesas redondas... pero y los huéspedes? Dónde diablo encontraria yo huéspedes á estas horas. Y los necesito, porque si no, se me van á otra parte, y pierdo la ocasion de una aventura...

ESCENA VIII.

RAUL, MARGARITA, FAUSTO.

Entra Margarita perseguida por Fausto.

MARG. ¡Jesus, qué hombre tan pesado!

FAUSTO. Dejad que os tome medida...

RAUL. ¿Qué es eso, señor Fausto?

FAUSTO. Nada, que os traigo las botas.

MARG. Y yo los guantes

RAUL. ¡Ah, qué idea!

FAUSTO. MARG. } Eh?

RAUL. Escuchadme... Vosotros no habeis notado una cosa... y es que nunca hemos comido juntos.

MARG. Pues es verdad.

FAUSTO. Siempre estamos á tiempo de enmendar el error.

RAUL. Hoy va á ser.

FAUSTO. ¿Hoy? (¿Qué capricho será este?)

RAUL. Acaso estais convidados en otra parte?

FAUSTO. Nada de eso...

MARG. Yo tengo el dia vacante

FAUSTO. Y yo el dia y la noche.

RAUL. Convenidos, pero no basta esto; vosotros tendreis amigos y amigas. .

FAUSTO. Sin duda.

RAUL. Pues convidad á comer por lo menos á una docena de ellos entre hombres y mujeres.

FAUSTO. Corriente. Los mios no faltarán. Apuradamente son capaces de comerse la horma y el tirapié.

MARG. Mis amigas vendrán tambien á comer.

RAUL. Y para que la diversion sea más completa, haced que todos se presenten con el nombre de sus parroquianos. ¿Qué necesidad hay de decir si son zapateros ó guanteras, ó chalequeras?

FAUSTO. Mejor, hoy dia á todo el mundo le gusta pasar por *cabayero*!

RAUL. Ahora pienso en que nos falte el mayor. Y no se concibe mesa redonda sin su mayor. Necesitamos uno. ¿Os acordais del mayor que os recomendé?

FAUSTO. Sí señor; como no me pagaba, le embargué lo que tenia, una levita grande.

RAUL. Levita de mayor?

FAUSTO. Justo.

RAUL. Pues ponéosla. Poneos esa levita y venid á comer en clase de mayor.

FAUSTO. Y cómo sabré yo hacer el papel de mayor?

RAUL. Para eso no hay necesidad más que del traje, la levita y las charreteras lo hacen todo. El resto es cuestion de perspectiva. Ah! tambien nos falta una viuda de un coronel. ¿Qué convite, que baile, qué reunion es posible sin una viuda de algun coronel?

MARG. Yo conozco una, y si quereis me encargaré de representarla.

RAUL. Muy bien. Vos sereis el mayor... vos la viuda del coronel. Corred, y á las siete en punto estareis aquí.

LOS DOS. (Marchándose.) ¡Hasta las siete!

RAUL. Por fin habrá mesa redonda.

ESCENA IX.

RAUL, RAFAEL.

Rafael entra muy abatido y se deja caer sobre un sillon.

RAUL. ¿Qué te pasa?

RAFAEL. ¡Y yo que me hacia la ilusion de encontrar en el gran mundo lo que no habia podido hallar en otra parte! ¡Yo creia que en las altas esferas se podia amar y ser pobre! ¡Ah! amigo Raul, vengo de casa de la condesa del Castillo Rojo.

RAUL. Y habia salido?

RAFAEL. No.

RAUL. Es que no ha querido recibirte?

RAFAEL. Me ha recibido hasta con amor.

RAUL. Entónces de qué te quejas?

RAFAEL. Habia yo recurrido á mi lenguaje más brillante. «Condesa, yo os adoro, yo os idolatro, miradme á vuestros pies.»—«Prestadme cincuenta mil francos,» me contestó ella.

RAUL. ¡Caracoles!

RAFAEL. «Prestádmelos hasta la noche, que os los devolveré, continuó. Es un compromiso de cierta letra á pagar hoy.» Y yo la respondí con voz firme y segura: «Condesa, condesa del Castillo Rojo, dentro de dos horas tendreis aquí los cincuenta mil francos.»

RAUL. Y se los llevarás?

RAFAEL. Si no tengo un cuarto.

RAUL. Entónces para qué le has prometido?...

RAFAEL. Para hacerla feliz. Una felicidad que le durará dos horas... Es lo único que la puedo dar. ¡Oh, las mujeres!

RAUL. ¡Chist! no grites ni hables mal de las mujeres, que está ahí una baronesa rusa.

RAFAEL. Ya lo sé, tu criado me ha puesto al corriente de todo.. La aventura tiene gracia, pero yo no me puedo reir hoy.

RAUL. Lo siento, porque si estuvieras de buen humor, pudieras prestarme un gran servicio.

RAFAEL. Me coges en mala situacion. Sin embargo, por un buen amigo como tú, incapaz de prestarme cincuenta mil francos, se puede uno poner alegre. Trataré de ponerme alegre. Espera un poco. (*Comienza á hacerse cosquillas para sonreir y termina con una carcajada.*) ¡Já, já! ¡Ya estoy alegre, puedes contar conmigo!

RAUL. Pues oye; hoy, para que no se me vayan los huéspedes, me he visto precisado á improvisar una comida en mesa redonda. Mañana, con objeto de tener alejado al Baron y que la Baronesa se quede sola, seria necesario...

RAFAEL. Qué?

RAUL. ¡Qué sé yo?

RAFAEL. Hombre, lo que seria muy conveniente... ¡Sí, eso es!

Una *soirée* á la que sea convidado tu Baron ruso.

RAUL. Sí; pero cómo y dónde se improvisa esa *soirée*?

RAFAEL. Mi tia, la condesa viuda del general Químper y mi prima Julia, se hallan estos dias fuera de París. En su casa, que yo habito, hay dos criados muy traviesos, Próspero y Francisco, capaces de dar un bromazo á cualquiera. Ademas podremos contar con la doncella de mi prima y con las tres sobrinas del portero... tres chicas que van á la academia de música. Con toda esta gente, y yo á la cabeza, bien podemos darle una *soirée* al señor baron. Envíamelo mañana.

RAUL. ¡Ah, amigo mio, me has salvado!

RAFAEL. Como no me has pedido más que buen humor... Ojalá no me hubiera pedido más que eso la condesa del... ¡Oh, las mujeres! (Entra la Baronesa.)

ESCENA X.

DICHOS, la BARONESA.

BAR. Quién es ese caballero?

RAFAEL. (Bajo á Raul.) Preséntame.

RAUL. No es nadie, señora Baronesa.

RAFAEL. Eh?

RAUL. Es el relojero. Este es el que da cuerda á los ochocientos relojes del Gran Hotel. (Bajo á Rafael, empujándole hácia la puerta.) ¡Vete, hombre, vete!

RAFAEL. Es verdad, soy... el relojero... del... (Corre á la chimenea, coge el reloj y le da cuerda con mucha rapidez.) Hay quien cree, señora, que el oficio de relojero es difícil... al contrario, no hay más que dar vuelta hasta encontrar resistencia. (El resorte se rompe.) Veis, ya encontré la resistencia... Buenos dias! (Se va llevándose el reloj debajo del brazo.)

ESCENA XI.

RAUL, la BARONESA.

BAR. Señor... guia, ved lo que me he encontrado en una co-

pa sobre la chimenea de mi cuarto; tres sortijas muy bonitas.

RAUL. ¡Ah, sí! serán de...

BAR. De quién?

RAUL. De la persona que habitaba ese cuarto ántes que vos.

BAR. Ha vivido ahí una señora?

RAUL. Sí.

BAR. Bella?

RAUL. Es verdad.

BAR. Y un hombre?

RAUL. Cómo?

BAR. Lo indica esta carta que tambien encontré sobre la chimenea. «Mi querido Raul.» No he querido leer más.

RAUL. Raul es mi nombre.

BAR. Luego la carta era para vos.

RAUL. ¿Para mí? Nada de eso. Quién se ha de enamorar de mí? Ese es otro Raul. Creeis posible que á mí se me dirija una carta como esa? Creeis posible que yo sea amado? (Cambiando de tono al observar la impasibilidad de la Baronesa.) Si os parece, haré que lleven esos objetos á su dueño.

BAR. Bien.

ESCENA XII.

DICHOS, ROSCLER, ALFONSO.

ALF. ¡Señor, señor!

RAUL. ¿Qué ocurre?

ALF. Que viene la señorita Rosicler.

RAUL. ¡Cielos!

BAR. ¿Podré saber la causa de ese sobresalto?

RAUL. No es nada. (Entra Rosicler.)

ROSIC. Qué veo? Una señora!

RAUL. (Procurando serenarse.) Señora Baronesa, justamente aquí teneis la señora que vivia en esa habitacion.

ROSIC. (¿Á qué vendrá esa mentira?)

BAR. Señora! (Saludándola.)
ROSIC. Señora! (Idem.)
BAR. He encontrado diversos objetos que os pertenecen y que he entregado á este caballero para vos.
ROSIC. No entiendo.
BAR. Me vuelvo á mi cuarto.
ROSIC. (Vive aquí!)
BAR. Á qué hora es la comida?
RAUL. Á las siete.
BAR. Señora! (Saluda.)
ROSIC. Señora! (Saluda.)

ESCENA XIII.

ROSICLER, RAUL.

ROSIC. Muy bien, caballerito. Yo venia con objeto de daros una explicacion, y sois vos quien tendrá que darla.
RAUL. ¡Pish! Para qué?
ROSIC. Sin embargo, si yo la exigiera...
RAUL. Os diria que mis asuntos marchan mal, que mi fortuna se va disipando. que se me ha ocurrido la idea de alquilar mi casa, de convertirme yo mismo en *cicerone*....
ROSIC. De veras?
RAUL. Y que tengo aquí á un Baron con su mujer.
ROSIC. Acabárais!
RAUL. Ved ahí mi explicacion. Y la vuestra? Quién era aquel caballero que os acompañaba en la estacion?
ROSIC. Para qué explicaciones, una vez que todo acabó entre nosotros?
RAUL. Es verdad: tomad vuestras sortijas.
ROSIC. No habia más que tres?
RAUL. Si os parece, habria un almacen.
ROSIC. ¡Adios!
RAUL. Esperad aun. Tengo que entregaros una carta.
ROSIC. ¿De quién?
RAUL. Del Baron Michiff.
ROSIC. El baron de...

RAUL. Sí, aquel que el último invierno os perseguia...

ROSIC. Yo os juro que...

RAUL. Para qué juramentos, una vez que todo acabó entre nosotros?

ROSIC. Qué fastidioso! ¿Y para qué me escribe ese baron de Michifuf?

RAUL. Leed y os enterareis.

ROSIC. (Leyendo la carta.)

MUSICA.

No sé si mi apellldo
aun suena en vuestro oido,
yo soy Miguel, baron de Michifuf!
De aquellos dulces dias,
de aquellas álegrías,
recuerdo guardo siempre en Petersburgo!
Yo creo que os amé, niña preciosa;
¿me amásteis vos?—No lo pensé jamás.
Tiempo feliz, sonrisa deliciosa
que ahora me complazco en recordar.
Á Francia va un amigo,
que os vea yo le digo,
se llama Juan, baron Kamelofkoff.
No va para instruirse,
que marcha á divertirse
en ese torbellino del amor.
Él al partir me dijo muy ufano:
—Me quiero divertir, á dónde iré?
Yo soy en vez de amigo un buen hermano,
y á vos le recomiendo, Rosicler.
Por nadie va anunciado,
de nadie es esperado
y va á Paris buscando distraccion.
Es rico como Creso,
y siempre, á pesar de eso,
mostró que tiene gran educacion.

En vos verá la gracia parisiense,
y quiero que al volver á su pais,
repita como yo, que nadie piense
que fué feliz si no vivió en Paris.

HABLADO.

Y quién es este baron Kamelofkoff?

RAUL. Mi huésped.

ROSIC. El marido de esa señora?...

RAUL. Justamente.

ROSIC. Es muy linda. Os doy la enhorabuena.

RAUL. No la merezco todavía.

ROSIC. Fátuo. (Ah, yo lo evitaré.)

ESCENA XIV.

DICHOS, el BARON.

BARON. Ea, ya estoy listo. (Viendo á Rosicler.) ¡Ah!

RAUL. Es ella.

BARON. ¿Con que es ella? Quién es ella?

RAUL. Rosicler.

BARON. ¡Oh, señorita!

RAUL. (Á Rosicler.) El baron Ramelofkoff.

BARON. Servidor!

ROSIC. (Con dignidad.) La persona que os recomienda es amigo mio, pero...

BARON. Habeis leido la carta?

ROSIC. Sí.

BARON. (Ni siquiera me ofrece su casa.)

ROSIC. (Saludando.) ¡Caballero!

BARON. Cómo, os vais? Permitidme que os dé el brazo hasta vuestra casa.

ROSIC. No, quedaos... con vuestro guia. (Oh yo me vengaré!) (Váse.)

ESCENA XV.

RAUL, el BARON.

BARON. Que me quede con vos... Yo hubiera preferido irme con ella... En fin... (Saca el reloj.) las siete ménos cuarto. Dentro de algunos minutos, á la mesa.

RAUL. (¡Y yo que habia olvidado la mesa redonda! Cuánto tardan los convidados!)

ALF. (Desde el fondo.) El señor Mayor! (Entra Fausto con traje de mayor.)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, FAUSTO.

RAUL. Empiezan á llegar vuestros compañeros de mesa.

FAUSTO. (Ap. á Raul.) Estoy bien?

RAUL. (Id.) Soberbio! (Alto al Baron.) Os dejo un momento para ocuparme de la comida. (Váse.)

BARON. Conque vos sois mayor?

FAUSTO. Hasta la pared de enfrente.

BARON. Perdonad mi ignorancia... soy extranjero, y no sé lo que es un mayor en Francia.

FAUSTO. Un mayor?

BARON. Sí.

FAUSTO. Hay tres clases de mayores: primero, el mayor de plaza, un buen soldado, un bravo militar; ese no soy yo: segundo, el tambor mayor de regimiento, un buen mozo; tampoco soy yo: tercero, el mayor de mesa redonda, un hombre que come bien y habla peor; ¡ese soy yo!

BARON. Ah! conque vos sois...

FAUSTO. Escuchad.

MUSICA.

I.

Para comer sin descansar,
para beber hasta morir,
nadie me puede aventajar,
yo brillo siempre en el festin.
Soy de la hermosa adulador,
digo al comer chistes sin par,
risas de gracia superior
ofrezco yo á la sociedad.
Yo soy el mayor!
como sin cansarme,
bebo sin turbarme,
¿quién como el mayor?
Lleno el baso,
lo vacío,
muestro así mi brío.
Yo soy el mayor!

HABLADO.

Me parece que ahora sabreis perfectamente lo que es un mayor.

BARON. Sois hombre de buen humor. Comprendo la broma.

FAUSTO. Pero ¿qué veo?

BARON. Eh?

FAUSTO. ¿Quién os ha hecho eso?

BARON. ¿El qué?

FAUSTO. Eso que llevais en los pies.

BARON. ¿Las botas?

FAUSTO. Á eso llamais botas? Á cualquier cosa llaman botas estos extranjeros. Quitáoslas... Esas no son botas... Vengan...

BARON. Este hombre es el diablo. Pues no quiere que me quite las botas?

FAUSTO. Es que son muy malas.

BARON. No, pues las vuestras...

FAUSTO. En mí es diferente. Yo tengo derecho á ir mal calzado.

BARON. Por qué?

FAUSTO. Hay un refran que dice: «En casa del herrero...» (Llevándose la mano á la boca.) (¡Huy, que me voy á descubrir.) En fin, yo puedo ir mal calzado, pero vos no, y quiero haceros unas botas de primera.

BARON. Vos, mayor?

FAUSTO. Sí, para que sepais lo que es un par de botas. Quitaos esas... y os tomaré medida. (Saca la cinta y la medida y trata de coger la pierna del Baron.) Estaos quieto.

BARON. (Separándose.) ¿Qué hombre es este? (Entra Raul y se coloca en medio separándolos.)

RAUL. Qué es eso, mayor?

FAUSTO. Mirad bien esas botas.

RAUL. (Al Baron.) Aquí llegan los demas huéspedes. Os advierto que no extrañeis nada, porque hoy justamente son todos extranjeros .. y la mayor parte alemanes. Se dan casos así.

ESCENA XVII.

DICHOS, CORO GENERAL, despues MARGARITA.

MUSICA.

CORO.
Ya se acerca la hora, señores,
ya tengo ganas de comer,
el cubierto si bien se mira
no es muy caro; entremos, pues.

(Al concluir el Coro entra Margarita. Raul va á recibirla.)

RAUL.
Señor Baron, teneis delante
la jóven viuda del Buen-Guante.

BARON.
¡Señora mia!
Muy bella es.
¿Mas por qué su semblante

el dolor deja ver?

TODOS. Sí, sí, ¿por qué?

I.

MARG. (Con casco.)

Yo soy viuda de un coronel,
el cual murió en campaña;
de su amor en recuerdo fiel
su casco me acompaña.
Ahora vivo yo en un hotel,
de tal modo aburrida,
que desde el cielo mira él
que su esposa no olvida.
Y así es feliz mi coronel:
pues te doy yo mi vida,
¿eres feliz, mi coronel?

TODOS. ¿Eres feliz, buen coronel?

II.

Reemplazar á mi coronel
alguno pretendiera,
pero yo soy amante fiel
y sigo su bandera.
Las palabras tiernas de miel
rechazo conmovida,
y desde el cielo mira él
que su esposa no olvida;
y así es feliz mi coronel:
pues te doy yo mi vida,
¿eres feliz, mi coronel?

TODOS. ¿Eres feliz, buen coronel?

RAUL. Señores y señoras,
la comida está ya.

CORO. ¡Wir Wollen, essen, essen, essen!

RAUL. (Salió lo que temia yo.)

BARON. (Á Raul.) No veo que hablen *comm'il faut*;
los convidados por lo visto
muy finos no son.

RAUL. Teniendo en cuenta lo que pagan

no pueden ser mejor.

BARON. Decid, en este hotel
acostumbran todos así á hablar?

RAUL. Acude aquí toda Alemania,
que pagan siempre mal.

CORO. Asi es verdad. (Unos á otros, ap.)

FAUSTO. Viva el festin!
Todo licor hace gozar!
Á comer vamos sin tardar!
Viva el festin!

CORO. Viva el festin!
Por mi fe, tengo hambre canina,
demos honor á la cocina.
Viva el festin!

TIROLESA.

MARG. Anf der Beliner Bruck,
la, la, la, la, la,
mab' ich doct immer Gluck,
la, la, la, la, la,
mein vater ist ein schneider,
und ein schneider ister,
und weuner was schneidet so,
istis mit der scheer,
lodo lodoul lolo lodul,
lado lodoul lolo lodoul,
la, la, la, la, la.

CORO. La, la, la, la, la, etc.

(Baile general.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en casa de la Condesa de Químper. Moviliario severo, retratos de familia. Gusto aristocrático.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, PRÓSPERO, PAULINA, CLARA, LEONTINA, LUISA.

Al alzarse el telon, aparecen todos ocupados en arreglar el salon, ya encendiendo las bujías, ya colocando flores en las jardineras, etc.

MUSICA.

TODOS. Ya debemos prepararnos
para hacer honor,
cuando venga á visitarnos
ese gran señor.

ESCENA II.

DICHOS, RAFAEL.

HABLADO.

RAFAEL. ¡Bravo! Esto va tomando ya el aspecto de una fiesta.

PAUL. ¿Os gusta?

RAFAEL. Mucho que sí; pero ante todo, pasemos revista al personal. Primero las mujeres. El bello sexo corresponde á mi confianza... Muy bien; la doncella de mi tia Químper, sobre todo, está interesante.

PAUL. ¿Hasta ahora no lo habiais notado?

RAFAEL. (Abrazándola.) El hombre es loco... Busca fuera la felicidad que tiene en casa. Ahora veamos las hijas del portero. (Queriendo abrazarlas.) ¡Ah! el hombre es loco... Busca fuera la feli... pero ahora no se trata de esto. Escuchadme: creo que me habeis comprendido perfectamente. Ya sabeis lo que espero de vosotros: una copia exacta de las reuniones del gran mundo.

PROSP. Esto es, que cada uno de nosotros represente un personaje de alto rango.

LEONT. Y haga el papel de una señora excéntrica.

RAFAEL. Justamente.

FRANC. Pero con trajes de extraordinaria novedad, de fantasía...

RAFAEL. Trajes que al efecto he mandado traer: allí están los de los hombres. Vosotras os pondreis los trajes de mi prima Julia y de mi tia Químper, que se hallan fuera; y que yo he puesto á vuestra disposicion.

PAUL. No hay que perder tiempo, vamos á vestirnos.

TODOS. Corriendo.

PROSP. Eh, alto! Nos hemos olvidado de una cosa muy importante.

RAFAEL. Cuál?

PROSP. Puesto que los criados van á hacer de señores, nos van á faltar los criados.

RAFAEL. Demonio, es verdad.

TODOS. Es verdad.

FRANC. Todo se ha descompuesto.

PROSP. No todo. ¡Valor! Hay un medio que lo arregla todo. Habrá convidados y habrá criados.

RAFAEL. Cómo?

PROSP. Ya lo vereis. Yo respondo.

MUSICA.

RAFAEL. En todos pues confio yo.

TODOS. Decis muy bien, podeis fiar.

RAFAEL. Difícil va á ser á lo ménos.
PAUL. Los artistas serán muy buenos.
PROSP. Las maneras
hechiceras
que el gran mundo sabe usar;
la finura,
la apostura
más gallarda y ejemplar:
Los criados
bien pagados
todo aprenden pronto y bien,
y á sus dueños
muy risueños
grandes chascos dan tambien.
[illegible] Las sonrisas
más precisas
al burlarse de un doncel,
y las voces
y las coces
que se dan con mucho aquel.
No temais, todo se hará,
la educacion brillará,
podremos pues servir
y pasar
muy bien por amos aquí.
CORO. Cuente con ello nuestro amo;
bueno es el plan.
Luego direis al ver la farsa:
¡qué bien está!

(Acabado el canto salen todos y queda solo en escena Rafael.)

ESCENA III.

RAFAEL, RAUL.

HABLADO.

RAFAEL. ¡Id á prepararlo todo, andad!

RAUL. (Entra Raul.) ¡Buenas noches, Rafael!

RAFAEL. ¡Hola! ¿Y tu Baronesa? (Se sienta.)

RAUL. En el Teatro Italiano, sin su marido; y á eso de las doce de la noche volverá á casa, sin su marido tambien.

RAFAEL. Y cómo van los negocios?

RAUL. Tú mismo juzgarás. Esta mañana me dijo la Baronesa: «Venid á buscarme con una carretela á las tres de la »tarde.» Mandé enganchar la mia, y á las tres en punto llegué. Bajó en seguida, pero con su marido. Los dos se sentaron en el coche haciéndome subir. En efecto, trato de colocarme en la carretela.—«Cómo es eso?» me dice el Baron lleno de orgullo. Subios allá con el cochero, decidle que nos lleve al bosque de Boulogne, y nos pasee alrededor del lago. ¿Comprendes mi situacion? ¡Mientras ellos iban dentro, yo iba en el pescante al lado de mi cochero por el paseo más público de París! Quise convencerlo de que era más elegante pasear por el bosque de Vincennes...

RAFAEL. Allí hay siempre artilleros.

RAUL. Eso mismo le dije yo, pero el tal Baron insistió en que habia de ver el bosque de Boulogne, y marchamos allá. ¡Qué tarde he pasado, amigo Rafael, qué tarde! Figúrate que allí estaban todos nuestros amigos y amigas... todo lo más elegante de París.

RAEAEL. Y los más calaveras.

RAUL. Ellos paseaban á caballo, y así que me vieron sentado al lado del cochero, me saludaron con mucha sorna, y empezaron á seguirnos, formando una especie de escolta al trote.—¿Quién es esta gente? me preguntó el Baron.—Son amigos mios, dueños de otros hoteles y guias de viajeros.—Durante este tiempo la escolta aumentaba... ya era un escuadron. ¡Bonito cuadro! Yo en el pescante, los extranjeros muy serios en la carretela, y detrás cincuenta ó sesenta ginetes, ¡trás, trás, trás, trás!

RAFAEL. (Riendo.) ¡Comprendo, sí!

RAUL. Hasta que por fin, el Baron se cansó de bosque de Bou-

logne, y me dijo que le llevase á ver el Museo de Artillería. Yo no he estado nunca en él, mi cochero tampoco, y por no confesar mi ignorancia, le llevé al Hospital militar.

RAFAEL. ¿Al hospital?

RAUL. Esta noche espero declarar todo á la Baronesa, si no mañana volverian á repetirse escenas semejantes.

RAFAEL. Tu Baron habrá recibido por supuesto una invitacion.

RAUL. Una invitacion que dice: «El almirante Walter y su señora suplican al baron Kamelofkoff les haga el honor de asistir á su *soirée*...» ¿Quién es ese almirante Walter?

RAFAEL. ¿No le conoces, eh? ¡Pues soy yo!

RAUL. ¿Tú?

RAFAEL. Ya verás. Tengo un traje de almirante suizo que llevé una vez este carnaval y que me voy á poner esta noche.

RAUL. ¿Por fin has arreglado la soirée para entretener al Baron?

RAFAEL. Sí, hombre; con la gente de la casa de mi tia, y eso que son pocos.

RAUL. Te enviaré á la coronela viuda del Buen-Guante.

RAFAEL. ¿Quién es esa señora?

RAUL. Mi guantera, una chica muy lista; y no te envio á mi zapatero Fausto porque se emborracha en seguida y tiene mal vino. Ayer mismo, en medio de la comida, se lanzó sobre el Baron, queriéndole quitar las botas.

RAFAEL. Haces bien en no enviármelo.

RAUL. Ahora lo que te encargo mucho es que detengas aquí al Baron todo el más tiempo posible.

RAFAEL. Esa comision se la daré á Paulina.

RAUL. Paulina?

RAFAEL. Sí, la doncella de mi tia, la que va á hacer el papel de mi esposa, de la almiranta Walter. Es muy bonita.

RAUL. Entónces convencerá al Baron.

RAFAEL. Con cuatro coqueterías le hará soñar en un amor repentino, y el pobre hombre no tendrá ganas de mar-

charse.

PROSP. (Desde el fondo.) El Baron Kamelofkoff.

RAUL. Corro al teatro en busca de la Baronesa.

RAFAEL. Y yo á vestirme.

(Raul se va por la derecha, Rafael por la izquierda. En el momento en que el Baron entra saludando, las dos puertas se cierran.)

ESCENA IV.

El BARON y PRÓSPERO.

BARON. ¡Nadie! Sin duda llego demasiado temprano. (Á Próspero.) Y la señora almiranta?

PROSP. ¡Chis! (Poniéndole el dedo en la boca.)

BARON. (Bajando la voz.) ¿Cómo?

PROSP. ¡Chis!

BARON. (Siempre con la voz baja.) Y el señor almirante?

PROSP. Está dando sus órdenes... y yo voy á tomarlas. (Váse.)

ESCENA V.

El BARON, luégo FRANCISCO y PRÓSPERO.

BARON. Por lo visto he llegado ántes de tiempo. Pero esto y mucho más puede perdonarse á un extranjero que, ademas de no conocer bien la alta sociedad parisiense, arde en deseos de penetrar en ella? Luego, son tantas y tan extraordinarias las cosas que me han ocurrido desde mi llegada... Una de ellas es esta invitacion: «El almirante Walter y su señora suplican al Baron...» El almirante Walter! Yo no lo conozco, así es que no sabiendo si aceptar ó no, le pregunté á mi guia, el cual me contestó: «Debeis ir, os lo digo yo.»—Pero es el caso que no invitan á la Baronesa.—Podeis llevarla si gustais, pero á estar yo en vuestro lugar no la llevaria.—Por qué?—Os lo digo yo.—Y mi guia decia esto con una intencion tan picaresca, que... que no he traido á la Baronesa. (Aparece Francisco envuelto en una gran librea que le cubre hasta los piés.)

FRANC. (Desde el fondo, anunciando.) El general peruano don Guayaquil Panamá de Buenos Aires. (Váse.)

BARON. ¡Oh! ¡oh! hé aquí un gran personaje... Uno de esos hombres que habrá sido árbitro de los destinos de un pueblo... Ya me anunció mi guia que encontraria aquí gente de la más extravagante superioridad.

(Entra Francisco vestido de general.)

FRANC. ¡Caballero!

BARON. ¡General!

FRANC. No me equivoco, sois el Baron de Kamelofkoff.

BARON. Cómo me habeis conocido?

FRANC. Muy sencillamente. Conozco á todos los que vienen con frecuencia á este salon... y como á vos no os conozco, hé aquí la razon de conoceros.

BARON. ¡Qué perspicacia! (Ap.) (Oh, estos hombres superiores!...)

PROSP. (Desde el fondo, cubierto con una gran librea.) El príncipe Alidor de Moralzarzal, ministro plus ultra plenipotenciario y sin colocacion. (Váse.)

FRANC. (Impidiendo al Baron que mire hácia el fondo.) Oh, oh, el príncipe de Moralzarzal, el ideal del verdadero diplomático, primera ganaderia del occidente de Europa! Os le voy á presentar.

(Entra Próspero, calzon corto, media de seda, casaca bordada y espadin.)

PROSP. (Tosiendo.) ¡Hum, hum!

FRANC. Príncipe!

PROSP. General!

FRANC. El Baron Kamelofkoff. (Presentándole.)

PROSP. Á vuestros piés.

BARON. ¿Eh?

FRANC. El príncipe de Moralzarzal. Ahora, príncipe, presentadme á mí.

PROSP. (Tartamudeando un poco.) El general don Guayaquil Panamá de Buenos Aires, el primer tac... tic...

FRANC. Tac...

BARON. Tic...

PROSP. Tic... tac... táctico de su época.

BARON. (Ap.) No se expresa con mucha fa... facilidad, que digamos. (¡Oh, héme aquí entre estas eminencias!) (Alto.) ¿Pero y el almirante y su encantadora esposa la almiranta?

FRANC. y PROSP. ¡Chist!

BARON. Bien. (Ap.) (Voy á conversar con estos genios extraordinarios. Hablaremos de ciencia, literatura, política é higiene.)

PROSP. Decid, Baron, qué os parece Pa... Pa... París?

BARON. Se me figura que exageran sus maravillas. Ayer, por ejemplo, me hice conducir al museo de artillería, y no ví más cañones que los morteros de una cocina.

PROSP. Eso será que os hayan llevado á otra parte.

FRANC. Si deseais ver el verdadero museo de artillería, yo os llevaré.

PROSP. No, yo...

FRANC. Eso sí que no lo tolero, príncipe.

PROSP. Por qué, general?

FRANC. Porque yo he hecho el ofrecimiento y vos venis á birlarme al Baron.

PROSP. Cómo se entiende?

FRANC. Se vendrá conmigo.

PROSP. Conmigo.

BARON. ¡Caballeros, por Dios!

FRANC. ¡Pefh! ¡Diplomatiquillo de tres al cuarto!

PROSP. ¡Bah! ¡General de pa... co... paco... paco... paco... á que no digo nunca pacotilla!

BARON. ¡Por piedad!

FRANC. Aquí sale la señora almiranta.

(Paulina aparece por la puerta del fondo. *Toilette* extravagante y exagerada; vestido de mucho vuelo y mucha cola. Francisco y Próspero van á recibirla y bajan con ella.)

ESCENA VI.

DICHOS, PAULINA.

BARON. Ah, señora almiranta!

FRANC. (Presentándole.) El Baron Kamelofkoff!
BARON. He recibido vuestra invitacion, señora, y me he apresurado á venir...
PAUL. Me felicito, caballero, de que sean mis salones los preferidos por vos para hacer vuestra entrada en la al (La sílaba *al* cantada.) al... alta sociedad parisiense.
BARON. ¡Señora! (Ap.) (Esto es otra cosa. Ya me encuentro entre gente distinguida... á la verdad que me iba desagradando ese general pacotilla.) ¿Y nuestro digno almirante, cuándo se deja ver?
PAUL. Probablemente no podrá venir.
BARON. Ocurre alguna desgracia?
PAUL. Y grande.
BARON. Me haceis temblar!
PAUL. Figuraos que estos últimos dias ha engordado de tal manera el almirante, que no cabe en su uniforme.
BARON. Estará impaciente. (Se oye la campanilla.)
PROSP. y FRANC. ¡Voy!
BARON. Qué han dicho? (Suena más fuerte la campanilla.)
PAUL. (Á Francisco y á Próspero.) Es él, que llama.
PROSP. y FRANC. ¡Allá van! (Se van corriendo; el Baron, asombrado, los sigue con la vista.)

ESCENA VII.

El BARON, PAULINA.

BARON. ¿Qué demonio significa esto?
PAUL. Qué decis?
BARON. Nada, señora; me parece que el príncipe y el general se han marchado de una manera muy particular.
PAUL. (Con intencion.) ¿Sentis que nos hayan dejado solos? (La echa una mirada: juego de escena.)
BARON. Oh, no tal, señora almiranta. (Ap.) (Héme aquí solo y al lado de una de esas mujeres del gran mundo!)
PAUL. (Ap.) Se me ha encargado que le retenga aquí todo el

tiempo que pueda. Veremos de conseguirlo.) (Paulina se sienta en el sofá á la izquierda.)

BARON. (Ap.) (¡Oh, las mujeres de París, de París!)

PAUL. Tomad asiento, Baron, cerca de mí, más...

(El Baron se sienta en el sofá al lado de Paulina, la cual extiende la cola de su vestido, cubriéndole todo, excepto la cabeza.)

¿Dónde os habeis metido?

BARON. (Asomando la cabeza.) Aquí estoy.

PAUL. Vamos á ver: vos quizá pensais tambien mal de nosotras.

BARON. No tal.

PAUL. Sí, vos tambien nos llamareis coquetas, gastadoras...

BARON. ¡Jamás, jamás!

PAUL. Y tendreis razon para ello.

BARON. Eh?

PAUL. Pero ¿de quién es la culpa? De la sociedad moderna, que no deja á la mujer sitio en que colocarse!

BARON. En cuanto á eso...

PAUL. Qué decis?

BARON. Digo que en cuanto á eso de que no le deja sitio... (Mirando lo que ocupan las faldas de Paulina.)

PAUL. (Dándole con el abanico un golpecito en la barriga.) ¡Guason!

BARON. ¡Señora! (Paulina pasa á la derecha.)

PAUL. Sí, señor; todo lo que se dice de nosotras es cierto; pero si se supiera la causa de nuestras locuras... Nosotras tenemos necesidad de aturdirnos porque sufrimos mucho... ¡Oh, sí! En la moderna sociedad nos falta... algo!

BARON. ¿El qué?

PAUL. Por qué me lo preguntais?

BARON. Para saberlo. (Con decision.)

PAUL. Pues bien, nos falta .. (Mirándole con coquetería.) nos falta el ideal de nuestra vida... el tipo que hemos soñado...

BARON. Esa mirada!

PAUL. Qué quereis? De jóvenes nos formamos un ideal, y como una soltéra no tiene derecho á escoger, necesita indispensablemente para gozar de libertad...

BARON. Qué necesita?

PAUL. Casarse.

BARON. Ah, y os habeis casado para eso?

PAUL. ¡Os parece poco!

BARON. Al contrario. Y una vez casada, esto es, una vez con libertad para escoger el tipo que habeis soñado...

PAUL. No pregunteis esas cosas, Baron!

BARON. Sin embargo, desearia saber si habeis encontrado ese tipo.

PAUL. No lo habia encontrado... hasta ahora. (Mirándole con mucha intencion.)

BARON. ¿Hasta ahora?

PAUL. Yo no lo he dicho.

BARON. Oh, sí, lo habeis dicho.

PAUL. No, no!

BARON. Sí, sí!

PAUL. (Dándole un golpe con el abanico.) Cuando digo que no!

BARON. (Dándole con el dedo en la espalda.) Cuando yo os digo que sí!

PAUL. (Con una salida de tono.) Ah, hé aquí que ya me despreciais.

BARON. Señora!

PAUL. Me llamo Paulinita.

BARON. Paulinita!

PAUL. (Ap.) (Me parece que no tiene ganas de marcharse.)

BARON. (Ap.) (Qué bien hice en no traer la Baronesa!) (Alto.) ¡Ah! por qué soy casado?

PAUL. Y yo, ¿por qué lo soy?

BARON. Es verdad, he dicho una tontería.

PAUL. No está ahí el inconveniente.

BARON. No?

PAUL. Estais á mi lado, me mirais... os miro... Pues bien, á pesar de eso, me haceis el efecto de un hombre que no conoce el amor?

BARON. ¿Que no conozco al amor?

MUSICA.

I.

PAUL. Amor es cadena de flores
que con lazo feliz la tierra al cielo unió.
Mas fué para mí nube errante,
que al instante
burló mi afan, despareció.

LOS DOS. ¡Oh, nube errante,
no al instante
te alejes, ay! de mí,
que anhelo ser feliz,
feliz!

II.

PAUL. Descubro ya do va la nube,
quiero marchar con ella yo.
Venid donde todo divierte,
¡buena suerte!
Venid al pais del amor.

LOS DOS. Oh, nube errante, etc.

ESCENA VIII.

DICHOS, CLARA, LUISA, LEONTINA, y PRÓSPERO con la librea de criado.

HABLADO.

PROSP. (Anunciando.) La señora vizcondesa de las Cucufletas. (Entra Clara muy elegante.)

PAUL. Ah, queridísima vizcondesa... Cuánto tiempo que no nos vemos.

PROSP. (Anunciando.) La señora baronesa de la Encrucijada. (Entra Luisa.) La señora generala de la Farándula. (Entra Leontina.)

PAUL. ¡Carísima baronesa, hermosa generala!

LEONT. Querida almiranta, qué teneis? vuestro semblante está nublado.

PAUL. No lo extraño. (Pasándose la mano por la frente como tratando de desechar un pensamiento.) El Baron de Kamelofkoff. (Presentándolo á sus amigas.)

LEONT.
CLARA. } Baron! (Haciendo un saludo.)
LUISA.

BARON. Señoras! (Id.)

PROSP. (Anunciando.) La señora viuda del Buen-Guante, y el general don Guayaquil de Panamá... ya nombrado (Entra Margarita del brazo de Francisco.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, MARGARITA, FRANCISCO, de general.

FRANC. La verdad es que esto parece un jardin de flores. ¿Cuándo tocan á abrazar?

BARON. (Á Margarita.) Señora, qué dichosa casualidad nos reune aquí?...

PAUL. (Celosa.) Eh, conoceis á esa señora?

BARON. Apenas. Sólo una vez hemos comido juntos.

PAUL. (Os prohibo que la mireis) (Á Margarita.) ¡Querida mia

MARG. Señora!

PAUL. Pero qué trajes, qué trajes tan deslumbrantes y tan!... Qué os parecen, Baron?

BARON. Muy bien, sólo que yo prefiero los trajes que usan las parisienses cuando se pasean á pie. Esta mañana salí de casa á las doce con intencion de visitar los Inválidos, y por el camino me encontré una porcion de mujeres que iban levantando un poquito el vestido y saltando con una gracia... tá... tá... tá... En fin, que no pude llegar á los Inválidos.

MARG. Sois buen observador, porque efectivamente no hay mujer como la parisiense para ir á pie por las calles.

MUSICA.

I.

MARG. ¿La veis pasar,
la veis andar,
andar á pie, nunca en berlina?
Quizá al correr
os deja ver
un poco más de la botina.
Aquel primor
en el vestir,
ninguna dama imitar piense.
Aquel rumor,
aquel crugir,
dicen:—Ahí va la parisiense.
Sentir al verla un patatús
más de una vez ya sucedió.
Oid su ropa—fru, fru, fru, fru;
oid sus pies—toc, toc, toc, toc.
TODOS. Oid su ropa—fru, fru, fru, fru, etc.

II.

Venció su amor
cualquier temor,
y es su mirar un desafío.
Aquí y allá
sembrando va
risa y placer, jamás desvío.
Si algun doncel,
amante fiel,
dice al pasar una lisonja,
la niña audaz
de alegre faz,
da gozo ver cómo se esponja.
Sentir al verla un patatús
más de una vez ya sucedió, etc.

ESCENA X.

DICHOS, PRÓSPERO, de príncipe, y despues RAFAEL, vestido de almirante suizo, traje de fantasía, una bocina en la mano y la casaca abierta por detrás.

HABLADO.

PROSP. ¡Ah, señores!
PAUL. ¿Qué es eso?
PROSP. ¡Si supiérais!
BARON. Hablad sin tardanza!
PROSP. Es que el almirante con su uniforme, sus insignias... y ademas como ha engordado estos dias...
PAUL. / MARG. / BARON. } Acaba.
PROSP. ¡No cabe por esa puerta! (Entra Rafael con estrépito.)
TODOS. El almirante! El almirante!
RAFAEL. (Despues de entrar atropellándolo todo, se dirige al proscenio y allí se planta un instante.) Buenas noches, señores! Por fin, gracias á la Providencia, he logrado penetrar en mi uniforme, cosa que llegué á tener por imposible.
PAUL. El Baron ruso señor de Kame...
RAFAEL. Vengan los cinco, Baron.
BARON. Con mucho gusto.
RAFAEL. Ahora saludemos á estas señoras. (Se vuelve de espaldas para saludar á Margarita y Clara, y el Baron le ve el desgarron que le coge toda la costura del medio de la casaca.)

MUSICA.

BARON. La casaca rota por detrás!
RAFAEL. Mi casaca rota por detrás!
TODOS. Su / Mi } casaca rota por detrás!

BARON. Qué pena da verlo tan roto.
PAUL. Trofeo es él de un vencedor.
BARON. Puede coger un constipado.
MARG. Baron, sois á fe muy *guason.*

—

TODOS. Su / Mi { casaca rota por detrás!

—

HABLADO.

BARON. Tened la bondad de oirme una palabra, señor almirante.

PAUL. (Al Baron.) ¿Qué vais á decir á mi esposo?

BARON. Voy á decirle que...

PAUL. Prometedme que no le provocareis...

BARON. ¡Cómo, señora almiranta! ¿por quién me tomais? Juzgad vos misma. (Al almirante.) ¿Sabeis que vuestras espuelas son magníficas?

RAFAEL. ¡Pisf! ¡Regulares!

BARON. Lo que no comprendo, es el uso que haceis de ellas. Yo creia que los almirantes no gastaban espuelas.

RAFAEL. En los paises que tienen marina, no las gastan efectivamente, pero en aquellos que, como Suiza, no la tienen... es otra cosa.

BARON. Es justo, mas entónces...

RAFAEL. Entónces, qué?

BARON. Si la Suiza no tiene marina, ¿cómo sois almirante?

RAFAEL. Por derecho de nacimiento.

BARON. De esa manera...

RAFAEL. Vamos, señor general, á ver si tocan llamada para que nos sirvan el buffet.

FRANC. Tocar...

PROSP. Para qué tocar?

PAUL. Si se llama vendrán los criados.

LUISA. Y no podremos estar con confianza.

MARG. Es cierto; cuando hay criados delante, está una obligada á guardar ciertas consideraciones.

PAUL. Siempre los criados coartan la libertad de los amos.
FRANC. Oh, si pudiéramos pasar sin criados...
PROSP. ¡Qué idea! Despidámoslos.
TODOS. Eso es, despidámoslos.
RAFAEL. Corriente, vamos á quedarnos solos.
TODOS. (Desde las puertas del fondo y laterales.) Que se vayan todos los criados.
RAFAEL. Que nos dejen solos. (El Baron contempla todo esto dando señales de asombro.)
PROSP. Así es mejor, nos serviremos nosotros mismos. Vamos á traer aquí la mesa. (Francisco, Próspero y Rafael se van por el fondo.)
PAUL. Id á buscar la mesa, Baron.
BARON. Cómo, me mandais que vaya...
PAUL. Os lo suplico. (Con una mirada y un gesto.)
BARON. Hujujuy! Vamos á poner la mesa, salero! (Se va por el fondo.)
PAUL. Ya conoceis la consiga, es preciso que ese Baron no salga de aquí hasta muy tarde.
LEONT. Y cómo detenerlo?
MARG. Lo mejor será empezar por darle de beber hasta ponerlo alegre.
PAUL. ¡Eso es, emborrachémosle!
MARG. No le dejemos en paz un solo instante:
(Entran los hombres con tres mesas. Durante el coro que sigue, se van colocando por el órden siguiente: á la mesa de la derecha Próspero, Clara y Luisa; á la del centro Margarita, el Baron y Paulina, y á la de la izquierda Rafael, Francisco y Leontina.)

MUSICA.

TODOS.
Cenemos, cenemos, no hay que tardar.
Ved la mesa dispuesta ya.
Con despacio y alegre risa
vamos pronto y bien, piano, piano;
gran locura es andar de prisa,

quien va piano alcanza más.

BARON. (Á Paulina.)
Mi brazo os doy, señora.

PAUL. Oh, gracias mil, Baron.

PROSP. (Á Clara.)
Os quiero desde ahora.

CLARA. Compradme dulces vos.

RAFAEL. (Á Leontina.)
Vos sois linda, condesa.

LEONT. Ah, mi rubor mirad!

FRANC. (Á Margarita.)
Decid que sí, marquesa.

MARG. ¿Por qué no, general?

(Las señoras del brazo de los hombres.)

TODOS. Cenemos, cenemos, etc.

(Se sientan por el órden marcado arriba.)

RAFAEL. Cada cual su gusto nos diga.
(Al general.)
¿Qué vino os gusta más á vos?

FRANC. El Borgoña.

RAFAEL (Á Próspero.) Y á vos?

PROSP. El Champagne.

RAFAEL. Y á vos? (Á Paulina.)

PAUL. El Burdeos.

RAFAEL. Y á vos, Baron?

BARON. Á mí me gusta beber peleon.

PROSP. Esa respuesta digna es.

BARON. En mi patria se bebe bien.
Ponerse alegres es preciso
para ver luégo un paraiso.

TODOS. Para ver luégo un paraiso.

FRANC. (Levantándose y adelantándose al proscenio.)
Yo recuerdo bien mis trofeos,
mas le tengo ley al licor;
planta soy que riega el Burdeos,
con él me esponjo cual la flor.

MARG. (Id.) En París me carga una cosa,

y es que siempre me han de servir
el mal vino en vaso muy grande
y el bueno en vaso chiquitin.

TODOS. Ah, ya comienza, etc.

MARG. Ah, ya comienza!
¡Y todo, todo, todo,
ya baila, baila, baila,
empieza á rodar
y la razon se va,
se va, se va!

TODOS. (Haciendo sonar las copas.)
Y todo, todo, todo,
ya baila, baila, baila,
etc., etc.

PAUL. (Levantando el vaso.)
Brindo al Baron!

CLARA. (Id.) Brindo al Baron!

LEONT. (Id.) Brindo al Baron!

CLARA. (Id.) Brindo al Baron!

BARON. (Que empieza á dar señales de embriaguez.)
Ah, señoras! Á brindar yo voy:
por la marquesa, por la condesa,
por la duquesa, por la princesa.

RAFAEL. (Tambien alegre.)
Baron, por tí yo brindaré,
que te quiero ya como hermano.

BARON. Almirante, dame la mano;
me gusta mucho tu mujer.

TODOS. Brindo al Baron.

BARON. Tambien brindar quiero por vos.

PROSP. (Mirando al Baron que está ya borracho.)
Ya cayó!

RAFAEL. Ya cayó!

TODOS. Ya cayó! borracho está.

FRANC. Ya cayó!

BARON. No cayó!

RAFAEL. Ya cayó!

BARON. Chispos están.

Á UN TIEMPO.

BARON.	TODOS, excepto el Baron.
No cayó,	Ya cayó,
chispos están.	borracho está.

MARG. (Con mucha animacion.)
¡Nadie goza donde hay jaleo
y este murmullo seductor,
si no bebe, si no se alegra
y lo ve todo de un color!

TODAS. ¡Á bailar,
á cantar!
¡Que beodos
caigan todos!

(Bailan desenfrenadamente y cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

La decoracion del segundo acto: es de noche; bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

RAUL, ALFONSO.

RAUL. Ya vuelve del teatro la Baronesa. Mira, Alfonso, baja á abrir la puerta, y despues que ella entre te vas corriendo...

ALF. Á dónde?

RAUL. Al teatro de la Puerta de San Martin... allí hallarás á la doncella de la Baronesa, á quien dirás que su señora la espera en Versalles, á donde la conducirás por el primer tren.

ALF. Y qué hago en Versalles con ella?

RAUL. Lo que te dé la gana... el caso es tenerla esta noche alejada de París. Toma dinero. ¡Corre! (Váse Alfonso.)

ESCENA II.

RAUL, solo.

Pues señor, la comedia va á convertirse en drama. El marido está en la soirée, los criados no vendrán, los cordones de las campanillas cortados, y la cena para dos preparada. Si no triunfo, no será por falta de precauciones. Nada he omitido, nada tengo que reprenderme. Siempre es un consuelo. (Entra la Baronesa.)

ESCENA III.

RAUL, la BARONESA.

BAR. Ah! estais aquí?

RAUL. Esperaba á vuestra doncella?

BAR. Pues qué, no está en casa mi doncella?

RAUL. No señora, ha salido.

BAR. Y por qué ha salido?

RAUL. Parece que ha venido á verla un cazador y se la ha llevado.

BAR. Un cazador! quereis explicarme eso?...

RAUL. Un cazador es un soldado pequeño, pero fuerte: en Francia hay quinientos mil soldados; suponiendo que cada uno ame á dos criadas, resulta un millon de estas á las órdenes del gobierno. Vino, pues, el cazador y la dijo:—de dónde eres tú, prenda?—De San Petersburgo.—¡Toma, pues si somos paisanos! Os advierto que estos amores empiezan siempre por el paisanaje: resultado, que se han entendido á la rusa y se han marchado á la francesa.

BAR. ¡Oh, cuando la vea, yo la diré!

RAUL. Tranquilizaos, que ya no debe tardar.

BAR. Y mi esposo no ha venido aun?

RAUL. (Muy contento.) No, todavía no.

BAR. Decis eso de una manera...

RAUL. No puedo decirlo de otra... más natural.

BAR. (Llaman fuera.) Llaman!
RAUL. (Quién será á estas horas?) No, no llaman.
BAR. Sí tal. (Golpes otra vez.) No oís?
RAUL. Es en la puerta más abajo.
BAR. No tal, es aquí, id á abrir, será mi esposo.
RAUL. (Le habrán dejado venir esos tunantes?) (Váse.)

ESCENA IV.

BARONESA, sola.

¿Qué querrá decir todo esto? En verdad que este guia tiene cosas muy raras, como dice el Baron. Pero qué ciudad tan alegre es París, qué pueblo tan animado! Ahora mismo, cuando iba á entrar en casa, se aproximó al coche un jóven, el cual me entregó una carta diciéndome: «leed,» y cuando quise devolvérsela ya habia desaparecido. Yo venia aturdida con la esplendida representacion del Teatro Italiano. ¡Qué lujo! ¡Qué magnífica concurrencia!

ESCENA V.

LA BARONESA, RAUL.

RAUL. Señora, no es vuestra criada la que llamaba.
BAR. Entónces seria mi esposo?...
RAUL. Tampoco.
BAR. Pues quién era?
BAUL. Dos señoras que desean veros; las he dicho que no podiais recibirlas á esta hora, pero ellas han insistido de tal modo... Una de las dos tiene cierto aire de autoridad. ¿Os parece que las despida?
BAR. Ántes es preciso saber... (Entra Julia.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, LA VIUDA DE QUIMPER y JULIA.

JULIA. Aquí está... Ya decia yo...

BAR. ¡Julia!

JULIA. ¡Amiga mia! Venid, tia, venid. (Entra la viuda.)

QUIMP. ¡Aquí estoy! ¿Qué es lo que decia este chico de no poder entrar?...

RAUL. (Esta vieja parece un sargento de caballería.)

BAR. Ah, segun eso, sois la tia de mi amiga Julia.

QUIMP. ¿Os ha hablado de mí? Mejor! Ya me conoceis. Soy la viuda del general conde de Quimper, y he hecho la campaña con mi marido.

RAUL. (Se la conoce.)

QUIMP. ¿Os sorprende sin duda nuestra visita á estas horas?

RAUL. Y con razon.

QUIMP. ¿Quién es este... mono?

RAUL. ¡Señora... Quimper!

BAR. Es nuestro guia... el que nos ha traido á este hotel.

QUIMP. En ese caso, mandad que nos preparen dos camas, para mi sobrina y para mí, que pensamos pasar aquí la noche.

RAUL. Aquí?

JULIA. (Á la Baronesa.) Te sorprende lo que dice mi tia? Ya te explicaremos el motivo.

QUIMP. (Á Raul.) Vamos, andad... dos pasos al frente, paso redoblado... ¡march!...

RAUL. Reparad, señora...

QUIMP. No estamos en un hotel?

RAUL. Sí, pero... está todo ocupado.

JULIA. Lo siento.

BAR. Os quedareis en mi propio cuarto.

RAUL. Imposible!

QUIMP. Cómo imposible? Pues no ha dicho imposible! ¡Por vida del demonio!

RAUL. He querido decir, que si bien es cierto que aquí no hay local, buscaré habitacion para las dos en un hotel inmediato.

JULIA. Mejor es eso, para no incomodar á mi querida Baronesa.

QUIMP. Está dicho. Id á buscarnos habitacion. ¡Aprisa! ¡March!...

RAUL. No tardaré. (Ap.) (Del mal el ménos: así conseguiré que no se queden aquí esta noche.) (Váse.)

ESCENA VII.

LA BARONESA, QUÍMPER, JULIA.

BAR. Mientras vuelva, sentémonos y me explicareis...

QUIMP. Pues oid: mi sobrina y yo nos empeñamos hoy en volver á Paris, tres dias ántes de lo dispuesto, con objeto de observar la conducta de los criados durante nuestra ausencia. Llegamos á casa... Y la encontramos espléndidamente iluminada... Cómo para una fiesta. Observamos por una puerta entreabierta: ¿y qué dirás que encontramos? Nada ménos que á nuestros señores criados, vestidos de la manera más extravagantes que os podeis imaginar, y á varios amigos suyos, todos casi borrachos y bailando el can-cán. En el acto, y sin penetrar en la casa, cojo á mi sobrina, hago un cuarto de conversion, y con paso doble nos dirigimos al comisario de policía, el cual, despues de varias dudas, resolvió enviar cuatros hombres á poner en paz nuestra casa. Mientras esto sucedia, yo me acordé de que en vuestra carta nos deciais vuestra habitacion, y le dije á mi sobrina: Ya que no podamos estar tranquilas en nuestra casa, vamos á pasar la noche al hotel de la Baronesa. Y... aquí estamos. Hablemos de vos ahora: qué habeis visto? sobre todo, qué os parecen los parisienses?

BAR. Si he de hablaros con franqueza, señora, me parecen algo impertinentes.

QUIMP. Y me parece que no os equivocais.

JULIA. Y á qué clase de impertinencia te refieres?

QUIMP. Yo creo que deberá referirse á la impertinencia impertinente.

JULIA. ¡Tia!

BAR. Cosa de poca importancia. Por ejemplo, hace poco, un jóven pasó á mi lado, y me dió una carta.

QUIMP. ¡Ajá! Y qué dice la carta? ¿Ó la habeis roto acaso?

BAR. No, aquí está, sin abrir todavía.

QUIMP. Leedla.

BAR. No habia pensado...

QUIMP. Y habiais hecho bien, pero ahora ya no hay cuidado... somos tres... y podremos formar consejo de guerra al autor.

BAR. (Abriendo la carta.) Como gusteis. (Leyendo para sí.) (¡Oh!)

JULIA. QUIMP. } Qué es eso?

BAR. Esta carta no es de un hombre, sino de una mujer.

QUIMP. Cómo se firma?

BAR. Rosicler.

QUIMP. Así no se llama ninguna mujer que haya ido por su nombre al calendario. ¡Bah! Ya caigo en la cuenta, ese nombre es uno de tantos como inventa en París cierta clase de mujeres de teatro...

JULIA. Y qué te dice esa Rosicler?

BAR. Me advierte que el hombre que nos recibió en la estacion y que se hace pasar por nuestro guia, no es otro que el célebre calavera vizconde Raul de Lanzachispas.

JULIA. ¡Oh!

QUIMP. Y qué más dice?

BAR. Que me figuro estar en un hotel público y estoy en la propia casa del vizconde, el cual ha alejado esta noche á mi esposo y á todos los criados con objeto de que me quedara sola, y de ese modo conseguir... (Se levantan.)

QUIMP. Conseguir qué?

JULIA. ¡Tia!

QUIMP. ¡Es que yo soy muy clara! Ese jóven quiere perderos. ¡Vive Dios! ¿Por qué no ha sido conmigo el lance?

JULIA. Nada lograríais, puesto que él esta en su casa y tiene tomadas sus precauciones.

AR. ¡Ah, me asustais!

JULIA. No temas.

BAR. Huyamos, huyamos de esta casa.

QUIMP. Y á dónde, á estas horas? Sabeis en dónde está vuestro marido?

BAR. No.

QUIMP. En ese caso, teneis que esperar á que venga. Entre tanto, hay que sacar fuerzas de flaquezas, amiga mia. Es necesario vengarse...

BAR. Cómo?

QUIMP. Castigar al seductor! Pues qué, han de triunfar siempre de nuestra buena fe esos calaveras? ¡No, señora, guerra á los calaveras!

MUSICA.

I.

¿Ellos podrán hacer alardes
con insultos á nuestro honor,
y hemos de ser ya tan cobardes
que los suframos con temor?
¡No, por Dios! ¡Suene ya la trompa!
Luchemos ántes que ceder!
¡Suene ya! Vamos á vencer!

LAS TRES. ¡Suene ya! Vamos á vencer!

II.

QUIMP. ¿Han de poder los calaveras
tantos males hacer sufrir?
Pues que las cosas van de veras,
al diablo demos el gemir.
No hay perdon! ¡Suene ya la trompa!
Luchemos ántes que ceder.
Suene ya! Vamos á vencer.

LAS TRES. Suene ya! Vamos á vencer.

ESCENA VIII.

DICHOS, RAUL.

HABLADO.

RAUL. Gracias á Dios!

LAS TRES. Él!

RAUL. He encontrado por fin habitacion para estas dos señoras.

BAR. Yo hubiera preferido...

RAUL. El cochero tiene las señas, porque he tomado un coche que espera abajo para conduciros...

QUIMP. (¡Tunante!)

BAR. (Ap. á las dos.) ¡Ah! me vais á dejar sola?

QUIMP. (Bajo á la Baronesa.) No, yo me encargo de todo. (Á Raul.) Haced que pongan en el coche nuestro equipaje

RAUL. (Saliendo muy contento.) Por fin se van!

ESCENA IX.

DICHOS, ménos RAUL.

BAR. Pero es que os marchais?

QUIMP. No, quien se va sois vos. Aprisa. Tomad mi sombrero de viaje y mi abrigo, y salid con mi sobrina sin que él os reconozca. Dadme vuestro abrigo. Así. ¿Cuál es vuestro cuarto?

BAR. Aquel.

QUIMP. Muy bien. Andad sobre las puntas de los piés para parecer más alta... él no sospecha y se dejará engañar fácilmente.

BAR. ¿Pero y vos?

QUIMP. Me quedo en vuestro lugar.

BAR. ¿Y no temeis?

QUIMP. ¡Señora, he estado con mi esposo en Magenta y en Solferino! Marchad vosotras. (Repeticion del canto.)

Suene ya! vamos á vencer, etc.

ESCENA X.

RAUL, QUÍMPER.

QUIMP. Ah, señorito Raul! Buscabais una aventura, necesitais un escándalo para daros tono entre vuestros amigos mañana? Pues bien, lo habrá. Mañana se reirán vuestros amigos de la aventura. En vez de la inocente paloma, tendreis que habéroslas con... como si dijéramos, con un soldado de la guardia imperial. (Se envuelve en el abrigo de la Baronesa y se sienta en el sofá, despues de haberlo vuelto de frente al cuarto de la Baronesa, de modo que al sentarse se la vea sólo el abrigo.)

RAUL. (¡Ya se fueron!) Señora, nada temais, soy yo; yo, que deseo hablaros... con toda franqueza. No os alarmeis con lo que vais á oir..... Yo no soy lo que parezco... Sólo por vos he consentido en representar el papel que habeis visto... (Se calla, buena señal!) Yo os amo, os adoro! (Bravo! no se enfada!) (Tomándole la mano.) Ah! señora Baronesa, permitidme que un beso...

QUIMP. ¡Sí, hombre, sí, podeis besar hasta el dia del juicio!

RAUL. ¡Horror!

QUIMP. ¿Qué os figurábais, amiguito?

RAUL. Pero esto es una burla.

QUIMP. Que os interesa no publicar, si no quereis perder vuestra reputacion de calavera.

RAUL. Y no temeis?

QUIMP. Nada; voy á encerrarme en el cuarto de la Baronesa hasta que venga su esposo. Con las tenazas de la chimenea tendré bastante para defenderme de cualquier desman. Os lo advierto! ¡Con las tenazas! (Entra en el cuarto.)

ESCENA XI.

RAUL, luégo el BARON y RAFAEL.

RAUL. Me está bien empleado, sí señor; bien empleado por meterme á guia de... ¡Cuando yo creia propicia la ocasion; despues de haber hecho cuanto era posible... hé aquí que una sóla mujer, una vieja, viene á desbaratar mis planes! ¿Y no hé de vengarme de ella? ¡Oh! como pueda darle un susto! ¿Qué ruido es ese?

MUSICA.

(Entran el Baron y Rafael sosteniéndose mútuamente del brazo y en completo estado de embriaguez.)

Y todo, todo, todo,
ya baila, baila, baila,
empieza á rodar
y la razon se va.

(Rafael deja caer en el sofá al Baron y pasa al centro de la escena, derecha de Raul.)

RAUL. Muy bien, entrad.
BARON. Aquí venimos de belen.
mi juicio está cabal;
mas á ese chispo ved.
RAFAEL. Me trajo aquí á la fuerza él.
RAUL. (Á Rafael.) Callad, vereis qué broma corre!
(Al Baron.)
Os espera la Baronesa
para hablaros de no sé qué.
BARON. Á mí?
RAUL. Á vos!
BARON. ¡Oh Dios, qué oí!
Es mi esposa... qué me querrá?
es mi esposa. (Levantándose.) La voy á hablar.
RAUL y RAF. Qué chasco espera al Baron!

BARON. ¡Y todo, todo!

(El Baron entra en el cuarto de la Baronesa, se oye dentro ruido de muebles y voces, y el Baron vuelve á salir espantado y cae en el sofá huyendo de la viuda Químper, que lo persigue con las tenazas: Rafael y Raul caen en las sillas riendo á carcajadas.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.[1]

Un salon de restaurant: tres puertas al fondo, y detrás galería: puertas laterales: luces, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE MOZOS DE CAFÉ, luégo FRANCISCO.

Todos vestidos de negro, corbata blanca y con servilleta en mano.

MUSICA.

CORO.

¡Aire gentil,
listo á servir;
nadie en París
me gana á mí!
Nadie,
nadie,
nadie
me gana á mí.
Mas al morir la luz del dia

---

1 Para hacer esta mutacion deberá caer un telon supletorio, y la orquesta deberá tocar el intermedio que está en la partitura del tercero al cuarto acto, que es más largo.

reina el placer y la alegría,
que la noche nos trae el festin.

(Vánse por el foro.)

ESCENA II.

FRANCISCO, solo.

HABLADO.

Esta noche tendrá aquí lugar la gran fiesta, á la que concurrirá lo más selecto de París... ¡lo más selecto, sí señor, en materia de comer, de beber, de amar y de dejarse amar! Hay una docena de mujeres célebres, sin las cuales no pueden divertirse los extranjeros, y como al divertirse los extranjeros, dejan su dinero á la industria, hé aquí que esa docena de mujeres son aduladas por los más respetables dueños de restaurants y... etcétera. La fiesta de esta noche corre á cargo del famoso Brasileño. Es un baile de máscaras que terminará por una borrachera general y una cuadrilla particular. ¡Titatí, tatí, tató!

ESCENA III.

FRANCISCO, BARON.

FRANC. (Bailando, tropieza con el Baron.) Ah! perdonad, caballero! (Mirándole.) Si no me equivoco, sois el baron ruso... el señor Baron de Kamelofkoff!

BARON. Esa cara...

FRANC. Me conoceis tambien... sí... hemos brindado juntos... Yo era el general peruano...

BARON. El general!

FRANC. Pues, don Guayaquil Panamá de Buenos Aires. ¡Bonito nombre! ¡Lástima que haya durado tan poco!—¿Y

cómo va, querido? (Tendiéndole la mano con afectada elegancia.)

BARON. (Rechazando la mano de Francisco.) Aunque hayamos bebido juntos, no veo la razon de... (Ah! La culpa la tiene ese Raul que Dios confunda! Yo le encontraré, y entónces...) ¿Y qué haceis vos aquí?

FRANC. La señora Quimper nos despidió por aquel baile de marras, y me he colocado de jefe de servicio en este restaurant, gracias á la proteccion del señorito Rafael, el almirante. Mi compañero Próspero, el príncipe de Moralzarzal, ha ascendido... á cochero.

BARON. (¡Oh, cómo se han burlado de mí! Pero eso lo dejaremos para mejor ocasion.) Mira, puesto que sirve aquí, te prevengo que necesito un gabinete para ms solo... espero á una persona.

FRANC. Cómo se llama?

BARON. Hombre, no sé si debo...

FRANC. ¡Bah! Atrévete, hombre!

BARON. Se llama Rosicler.

FRANC. Rosicler está convidada á la fiesta del Brasileño.

BARON. Me lo ha dicho, pero añadiendo que encontraria medio de hacer una escapatoria para hablar conmigo.

FRANC. ¡Seductor! (Dándole un golpecito.)

BARON. (Extrañando la llaneza.) ¿Cómo se entiende?

FRANC. Me parece, chico, que cuando nos hemos emborrachado juntos...

BARON. (¡Oh, Raul tiene la culpa!)

ESCENA IV.

DICHOS, ROSICLER.

FRANC. Ya teneis ahí la señorita Rosicler.

BARON. ¡Ah, señora!

ROSIC. (Que entra muy preocupada sin mirar al Baron, se quita el abrigo y se lo da diciendo:) Tened ahí eso, que me sofoca.

BARON. (Á Francisco, dándole el abrigo.) Esto va contigo.

ROSIC. Mozo!

FRANC. Voy.

ROSIC. (En voz baja.) Dentro de poco vendrá una señora preguntando por mí. Avisadme en seguida. Tambien vendrá Raul.

FRANC. Estoy al cabo. (Se va tarareando.)

ESCENA V.

EL BARON, ROSICLER.

BARON. Ah, Rosicler!...

ROSIC. (Preocupada.) Dejadme en paz.

BARON. Eh, qué teneis?

ROSIC. Me sucede una cosa muy rara... Acabo de encontrarme un jóven....

BARON. Un jóven?

ROSIC. Cosa más particular... Recuerdo que lo he amado con locura, más no puedo acordarme de su nombre.

BARON. Esto me parece ya muy fuerte...

ROSIC. Os enojais?...

BARON. Os parece poco lo que mo habeis dicho? ¡Cuando vengo á buscaros con el corazon lleno de ilusiones, me dais un garrotazo que me partis el alma!

ROSIC. Quizá encontrareis otras mujeres...

BARON. Ninguna como vos... y con ese traje estais encantadora!

ROSIC. Á propósito, este traje de maga conviene á nuestra situacion, porque quiero desengañaros, quiero deciros lo que os sucederá aquí.

BARON. ¿Aquí?

ROSIC ¡Aquí, donde se devora la fortuna de los incautos! Estamos en el restaurant más en boga, y acaban de dar las doce de la noche. ¡La hora del delirio y del desengaño!

BARON. Yo he venido tambien á divertirme y estoy esperando la hora del delirio. Quiero que me llamen el hijo del placer y el abuelo de la alegría... ¡Salero! Vamos á

echar un párrafo. (Quiere cogerla la cintura, ella pasa á la derecha. Al mismo tiempo suena la orquesta muy piano.)

ESCENA VI.

DICHOS, la BARONESA, la viuda QUÍMPER y JULIA, las tres con dominó y caretas negras. Entran despacio cogidas del brazo avanzando hácia el Baron, miéntras la orquesta toca el trio de las máscaras de D. Juan.

BARON. El trio de las máscaras de *Don Giovanne*! Qué significa esto?

ROSIC. Una de vosotras quiere hablar con Rosicler, no es cierto?

BAR. Sí, yo.

ROSIC. (Señalando al Baron.) Ahora comprendereis por qué os he hecho venir aquí.

BARON. Á qué viene este misterio? Yo no conozco á estas señoras.

ROSIC. Pero ellas os conocen á vos.

BARON. Á mí?

MUSICA.

BAR. Yo te conozco.
BARON. Tú me conoces?
QUIMP. Yo te conozco.
LAS CUATRO. Yo te conozco.
BAR. Vienes aquí con la esperanza
de divertirte á tu placer,
más tu deseo nada alcanza
y la salud vas á perder.
Te conocí, etc.
QUIMP. Te han dado ya mas de un meneo
y no te quieres convencer,
modera un poco tu deseo
ó la salud vas á perder.
Te conocí.
BARON. Me conoció, etc.

ESCENA VII.

DICHOS, FRANCISCO, por el foro.

HABLADO.

FRANC. ¡Señorita Rosicler!
ROSIC. Qué hay?
FRANC. Allá preguntan por vos.
ROSIC. Voy.
BARON. Cómo, ¿así me dejais?
ROSIC. Me espera el jóven de quien os he hablado hace un momento, y cuyo nombre acabo de recordar.
BARON. Cómo se llama?
ROSIC. ¡Raul! (Se va.)
BAR. ¡Raul! ¡Siempre ese Raul!
QUIMP. (Á Francisco.) Y nosotras?
FRANC. Me habeis pedido un gabinete... Aquí lo teneis (Señalando á la derecha, puerta primera.)
QUIMP. Vamos.
BARON. (Deteniéndolas.) ¿Habeis hecho que se marche Rosicler y ahora quereis dejarme solo?
QUIMP. Sin duda.
BARON Pues os engañais. Quiero que cenemos juntos.
QUIMP. ¿Sin saber siquiera si somos jóvenes y bonitas?...
BARON. Me arriesgo á lo que salga.
QUIMP. (Quitándose la careta.) Pues arriésgate.
BARON. (Reconociéndola.) ¡Cielos! La de las tenazas! (Retrocediendo. Las tres mujeres entran riendo en el gabinete cuya puerta ha abierto Francisco.)

ESCENA VIII.

EL BARON, FRANCISCO.

BARON. ¡De todo tiene la culpa Raul! ¡Necesito vengarme!
FRANC. No entrais? (Señalando al gabinete donde han entrado las tres enmascaradas.)

BARON. No, pero si quieres hacerme un favor, dime, dónde encontraré á ese infame Raul.

FRANC. Dentro de poco vendrá aquí, á la fiesta del Brasileño.

BARON. Yo tambien vendré á la fiesta.

FRANC. Pero cómo?

BARON. Es verdad, no estoy invitado.

FRANC. Si no fuera más que eso, tómad una tarjeta de invitacion, yo tengo muchas; lo peor es que no se recibe á nadie que no venga con disfraz.

BARON. Buscaré un disfraz.

FRANC. Pues no os detengais, que ya siento la comparsa del Brasileño y sus alegres convidados. (Se vá el Baron. Francisco baila.) Ya está aquí la gente de buen humor... Tatarí, tarará...

ESCENA IX.

CORO GENERAL disfrazados caprichosamente. Luégo el BRASILEÑO y MARGARITA, en traje del Brasil. Más tarde RAFAEL y RAUL.

MUSICA.

CORO.
Adelante, niñas bellas,
á bailar venid aquí;
adelante, y vuestra gracia
logre el premio conseguir.
Sin decir jamás al amor
un adios,
pacto hagamos aquí con fe
de volver.

BRAS. (Entrando con Margarita.)
Amigos mios, os presento
una guantera de talento,
y que á la escena llevará génio y virtud.

CORO. ¡Turlututú!

MARG. Ved lo que hacia la guantera
cuando fué á verla el del Brasil.

BRAS. Véndeme guantes ¡oh guantera!
dijo este guapo del Brasil.
MARG. Ese es mi oficio, la guantera
dió por respuesta al del Brasil.
BRAS. ¡Viva tu garbo, mi guantera,
quiero llevarte yo al Brasil!
MARG. Pronto á sus piés vió la guantera
á este buen mozo del Brasil.
BRAS. Tengo yo siempre, mi guantera,
para tí un trono en el Brasil.
CORO. Este es el fin de una guantera,
en marcha ya para el Brasil.

HABLADO.

Entran Raul y Rafael disfrazados.

RAUL y RAFAEL. ¿Llegamos tarde?
BRAS. No, que llegais á tiempo. Sólo esperábamos por vosotros. Conque, señores, á cenar, y luégo á bailar.
TODOS ¡Á cenar! (Entra el Baron disfrazado.)
BARON. Un instante, un instante!
MARG. ¿Á qué vendrá ahora este?

ESCENA X.

DICHOS y el BARON.

BARON. (Mirando alrededor.) ¿Dónde está Raul?
RAUL. Aquí me teneis, caballero.
BARON. (Hace un gesto de amenaza, pero se contiene.) ¡Hum! (Pero seamos prudente.)—Vengo á pediros una satisfaccion.
RAUL. Estoy á vuestras órdenes.
MARG. ¿Un duelo?
TODOS. Un duelo!
BRAS. (Á todos.) Nada temais, amigos mios. Dejadnos á los cuatro arreglar este asunto, y esperadnos á la mesa. Hasta luégo, amabilísima guantera.

MARG. No tardeis, rumboso Brasileño. (Se van.)

ESCENA XI.

El BARON, el BRASILEÑO, RAUL y RAFAEL.

RAUL. (Á Rafael.) Quieres ser mi padrino?

RAFAEL. Con mucho gusto.

BARON. Yo soy extranjero. (Al Brasileño.) Vos lo sois tambien...

BRAS. Efectivamente.

BARON. Me atreveré á suplicaros, en calidad de compatriota, que me sirvais de padrino?

BRAS. Atreveos... yo acepto.

RAFAEL. Una advertencia: yo me encargo de este asunto, pero con una condicion.

TODOS. Cuál?

RAFAEL. Que el lance ha de ser grave, porque si no ha de ser grave... me voy á cenar.

BRAS. Dice bien, si el lance no ha de ser grave, es mejor que cenemos. Yo me voy á cenar.

RAUL. (Deteniéndole.) Teneos, será grave.

BRAS. Corriente.

RAFAEL. Empecemos, pues.

BRAS. Propongo un medio. Se apagan todas las luces de esta habitacion.

RAFAEL. Bien.

BRAS. Y dejamos solos á los ofendidos con una navaja como esta cada uno. (Saca una navaja grande.)

RAFAEL. No me parece mal.

BRAS. Nosotros nos vamos á cenar alegremente, dejando las puertas cerradas, y por la mañana al retirarnos venimos á saber el resultado y á llevarnos al que quede vivo.

RAFAEL. Y si no queda ninguno vivo?

BRAS. Entónces no nos llevaremos á nadie.

RAFAEL. ¿Estais conformes? (Á Raul y al Baron.)

BARON. Pihs!

RAUL. Pihs!

BARON. Me agradaria más que nos dejaseis á cada uno en su gabinete.

RAUL. Eso es, cado uno en su gabinete.

BARON. Y cada uno con su navaja, por si acaso.

BRAS. Tó, tó, tó! Así no se acaba nunca.

RAFAEL. Una idea que lo arreglará todo. Vamos á redactar un acta.

BARON. Me gusta eso más.

RAUL. Es lo mejor.

RAFAEL. Quién es el ofendido? Quién es el que se queja?

BARON. Yo.

RAFAEL. Y de qué os quejais?

BRAS. Hablad. De qué os quejais?

BARON. En primer lugar, de la broma un poco atrevida que me ha dado el señor.

RAFAEL. Precisad la broma.

BRAS. Se os dice que preciseis la broma.

RAFAEL. Si no precisais la broma, me voy á cenar.

BRAS. Y yo tambien.

BARON. (Deteniéndolos.) No, no, voy á precisarla. Cuando llegué á París encontré en la estacion á ese caballero, el cual se fingió mi guia y me llevó á su casa.

RAFAEL. Y os trató bien en su casa?

BARON. Eso sí.

RAUL. Y cuánto os pedí de pupilaje?

BARON. Cinco francos al dia por cuatro personas.

RAFAEL. ¿Cinco francos por cuatro personas, y os quejais?

BARON. De eso precisamente no me quejo.

BRAS. Acabemos; en lugar de encerrarlos en esta habitacion. propongo que los metamos en un coche con dos navajas como esta. (La saca.)

RAFAEL. Eso no puede ser, porque el cochero no consentirá á causa de que se le mancharian los almohadones. Ademas, estos caballeros prefieren un acta. Sus semblantes se alegran en cuanto se les habla del acta. Vamos, Baron, continuad precisando la ofensa.

BARON. Raul me hizo creer que me habian invitado á una reunion del gran mundo, y era en vuestra casa, como sabeis.

RAFAEL. Y qué? No os habeis divertido en mi casa?

BARON. Eso es aparte. Me he divertido mucho.

RAFAEL. Entónces, de qué os quejais?

BRAS. Precisad... ¿de qué os quejais?

BARON. Es que yo miro la cuestion bajo otro punto de vista.

RAFAEL. Caballero, esto pasa de castaño oscuro. ¿Cómo se entiende? llegais á París sin conocer á nadie, encontrais una persona que, temiendo los engaños de que pudierais ser víctima, os lleva á su casa, os da de comer, de beber, os pasea en su coche, os presenta en casa de sus amigos, donde os divertis mucho... ¿y todavía os quejais?

TODOS. Y de qué os quejais?

RAFAEL. ¿Era malo mi vino de Champagne?

BARON. No, y la prueba es que bebí hasta ponerme...

RAFAEL. Y la almiranta, era fea?

BARON. Nada de eso.

RAFAEL. Entónces?...

BARON. Es verdad, mirando así las cosas no encuentro de qué quejarme.

RAFAEL. Todo está arreglado. Redactemos el acta.

BRAS. Ántes les daremos á cada uno su navaja. (Saca la navaja.)

RAFAEL. Hombre, si digo que todo está arreglado. ¡Qué pesadez!

BRAS. Qué quereis decir con eso?

RAFAEL. Quiero decir que estais muy cargante, pero muy cargante, con vuestra navaja.

BRAS. (Incomodado.) Ahora eres tú el que se va á pelear conmigo. Busca una navaja.

RAFAEL. Para tí no necesito yo navaja. (Le da un apabullo.) ¡Toma!

BRAS. ¡Infame!

RAUL y BARON. (Separándolos.) ¡Señores, señores! (Al ruido se abren

todas las puertas, y aparecen por la derecha la Baronesa, Quimper y Julia; por el foro, Rosicler y Margarita; todas se vienen al centro á separarlos: el Coro sale por el foro y por la izquierda.)

LAS CINCO MUJS. Separémoslos.

BAR. (Cogiendo del brazo al Baron.) No os batireis.

BARON. Mi mujer!

BAR. Todo lo sé.

BARON. Perdon!

BAR. Cuidado con otra vez!

QUIMP. (Á Rafael.) ¡Ya te atrapé, tunante!

RAFAEL. Mi tia Químper!

QUIMP. Toma del brazo á tu prima Julia, y á casa. Se acabaron las calaveradas.

BRAS. Puesto que las mujeres nos impiden que nos rompamos el alma, volvamos á la mesa. Corra el Champagne toda la noche.

MUSICA.

MARG. ¡Una cancion! ¡Esto es vivir!
¡Viva, pues, París!

TODAS. ¡Viva París!

BRAS., MARG., BAR., RAUL, RAFAEL, QUIMPER, JULIA y BARON.

Dando al cuerpo reposo
mucha gente hallarás,
cuando aquí estrepitoso
se oye el canto zumbar.
Gocen sueño apacible
la virtud y el candor,
corra aquí inextinguible
el volcan del amor.
Y pif, y pif, y pif, y paf!
Y pif, y pif, y pif, y paf!
El amor llama á los amantes
á probar goces delirantes!

CORO. El amor llama á los amantes, etc.

FIN.

cenicienta.
ia.
el almadreno.
tas.
lel vicio.
os de viento.
de Correlargo.
oro.
l regimiento.
le mi mujer.
ijos.
adres.
l Rey René.
nos.
de Murillo.
ra.
za de Catana.
esita.
de la vida.
Garan.
n piloto.
s.
en el campamento, ó
e Africa.
s.
eros de la niebla.
le matrimonio.
e Babel.
l gallo.
diencia.
alhaja.
imada.
os (refundida.)
).
ii sobrina.
rbano.
aria.
1818.
vista de pájaro.
hojuelas.
e Polonia.
la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Unamor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemarepa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.
buena ley.
s feo.
cuchilladas
la Gitana.
marte.
lora.
ndo.
iquita.
anto, ó el Alcalde pro-
ual,
er.
io.
de una ópera.
o y la maja.
el hortelano.
y en Marruecos.
la ratonera.
le carnaval.
(drama lírico.)
on de la Rioja *(Música.)*
le de Letorieres.
á escape.
español.
a.
e feliz.
blanco.
l.
mono.
vuelo de un pollo
to y Valdemoro.
tismo... ¡animal!
le la calle Mayor.
as del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos diamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Lo herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dio quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.
Bejar.	J. Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda ó Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañía.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.